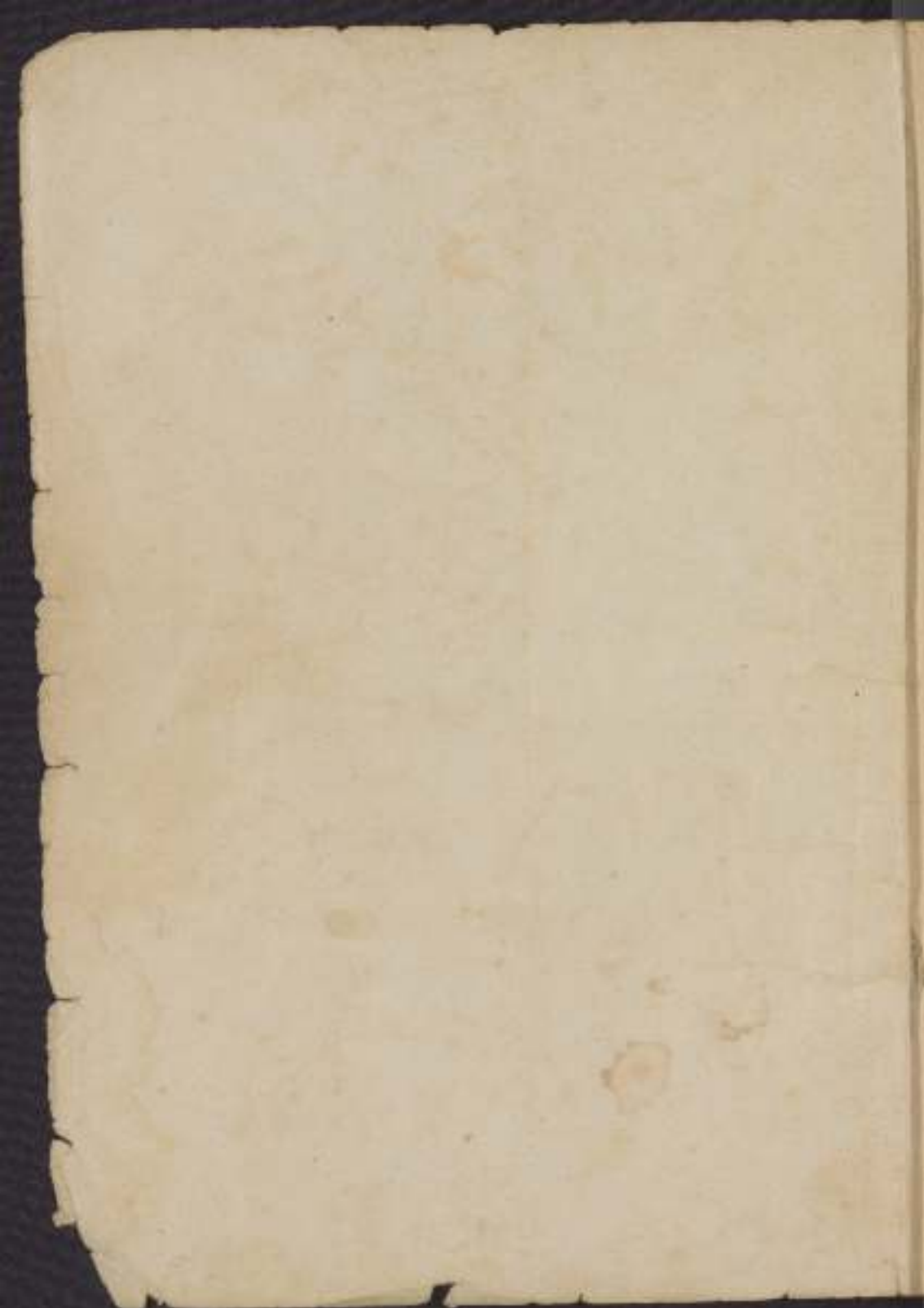
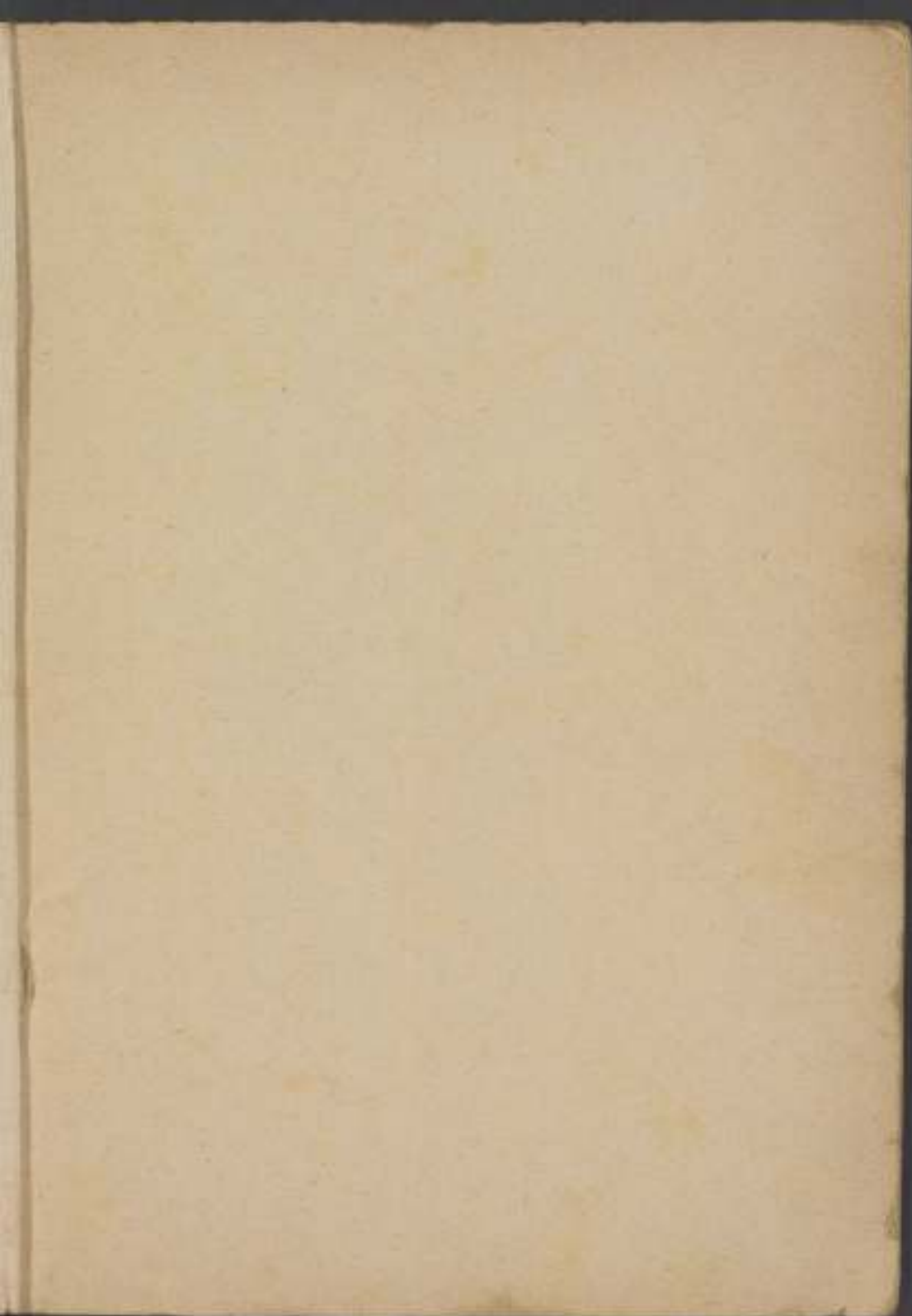


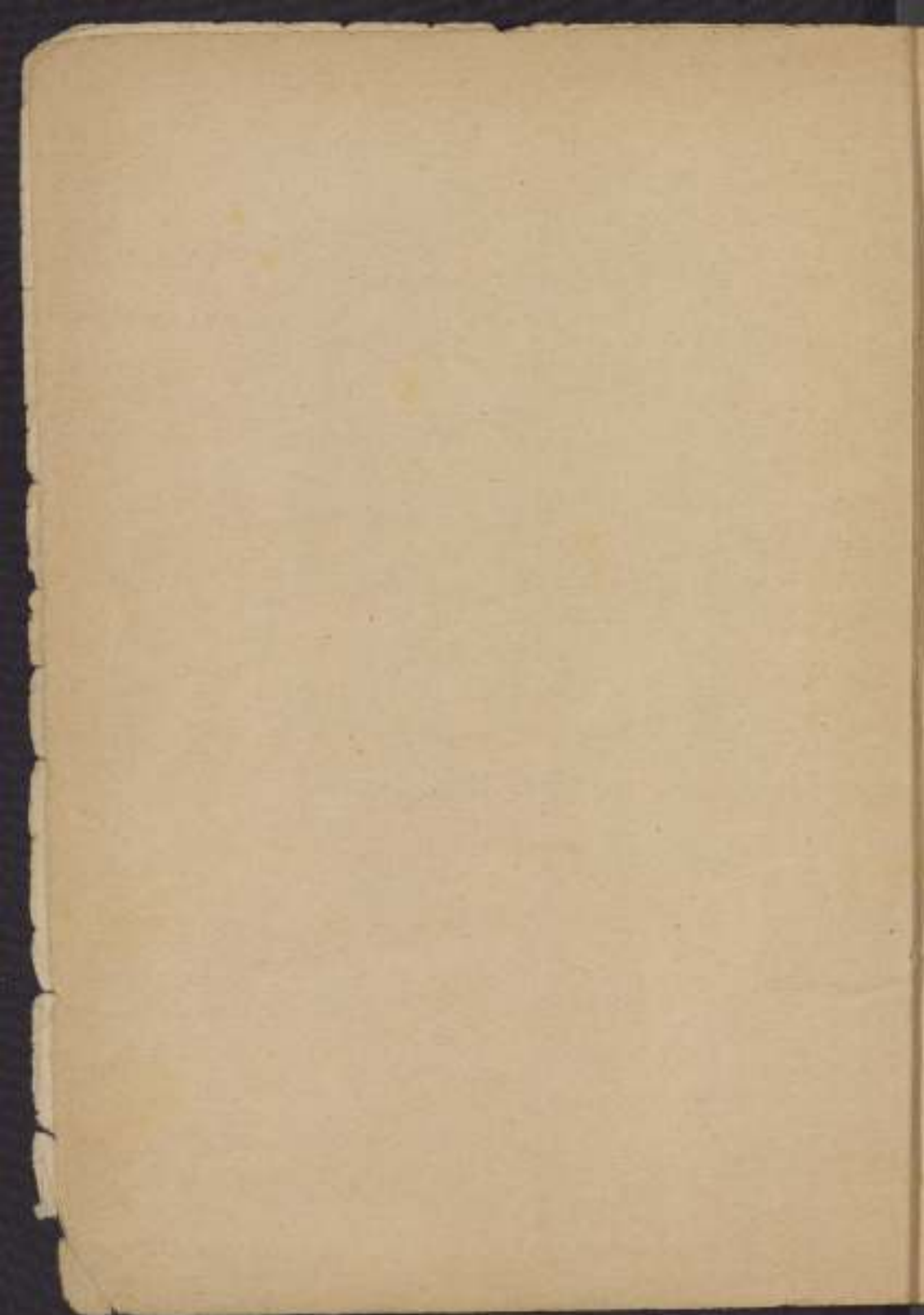
La mariposa de oro



EDICIONES DISTAGNE







LA MARIPOSA DE ORO

REVISADO POR LA ———
CENSURA GUBERNATIVA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE - Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono A-4423

LA MARIPOSA DE ORO

Interesantísima superproducción de gran lujo
realizada por MICHEL KERTETZ

Edición SASCHA-FILM

Selecciones BALART Y SIMÓ

Calle de Balmes, 74 - BARCELONA

ARGUMENTO NARRADO POR ARMANDO LUCAS

REPARTO:

Liliana *LILY DAMITA*
Fernando de Aberdens. . *Jack Trevor*
Gerardo Mac Farland . . *Nila Asther*

LA MARIPOSA DE ORO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

La obligada visita de la muerte

Estamos en Londres, la ciudad gigante, la de la niebla perpetua, la ciudad gris, en la que la vida intensa pone actividades de colmena, en la que los hombres se parecen a los topos, horadando tinieblas y promontorios, buscando la luz que les negara el cielo y que han de hallar tras de los muros sombríos de sus monumentos gigantes...

Sobre el Támesis rumoroso, que canta en sus aguas, removidas de continuo por el acorde de las turbinas, su

canción de actividad, Londres abre, entre brumas, el abanico de sus tentaciones...

Se diría un claustro en el que los monjes alternan los rezos místicos con las alegrías mundanas, y si bajo las sombras de sus catedrales tiene la austeridad su amfiteatro, en los rincones perdidos de las calles anchurosas, ha plantado el placer su tienda de nómada impenitente de la vida...

Durante el día el ajetreo de labor hace pensar que las abejas laboran sin

descanso, sin más preocupación que su trabajo...

De noche... serán los zánganos los que buscan en las sombras el solaz...

Londres se divierte... flemáticamente, seriamente, filosóficamente... pero se divierte...

Baco tiene allí más de un tugurio... Venus se despereza felina en mil *boudoirs* más o menos aristocráticos... Terpsícore hace moverse sus muñecos predilectos en salones perfumados...

Verdad que el Vicio es más *smart*, más serio, más hierático... pero al pícaro bocaccio no le faltarian bosquejillos prohibidos donde contar sus cuentos picantes...

Visto de noche, reflejado en el río, retratándose en él la cúpula de San Pablo con sus muros medievales y sus paredones sombríos, Londres es perfectamente luterano, con las iras tremebundas del monje rebelde, su rostro ceñudo, sus anatemas rotundos, su austeridad ejemplar...

Hasta el mismo Támesis parece recordar con el rumor de sus aguas turbias, las maldiciones apocalípticas del combatiente de las brujas...

Pero no todo Londres es así... No en vano en los tiempos modernos se va desde los alrededores de la Ciudad de la Luz hasta los desagües del río serio, aun bailando... El pobre canal de la Mancha lleva en sus aguas burbujas de champafia.

Y ved por donde hay en la gran ciudad fabril, toda bullicio, cantar de telares y estruendos de volantes gigantes, lugares de calma, rincones de recogimiento, dormitorios de espíritus, remansos de paz...

Uno de éstos, en una de esas ca-

lles londinenses, que no se conciben sino a través de la lluvia y de la niebla, en las que los faroles son lágrimas amargas de la pobre luna, que ve cómo se le cocina la plata de su traje de corte, se había perdido un restaurante... el restaurante Mac Farland, que según cuentan las crónicas y los libros de caja, abrió sus puertas al público en 1790...

A pesar de su delicada cocina francesa y de sus vinos maravillosos, los clientes son escasos y en sus salas vacías devana su madeja el tedio...

Es propietario de aquello, que se hizo para comer alguien más que las moscas y los parásitos, el viejo Mac Farland, un viejo señor que en sus tiempos hubiera sido copero mayor de algún Enrique, algún Eduardo o algún Jorge...

Hoy el buen señor no tiene más que un orgullo: su bodega, como su antepasados, todos ellos excelentes catadores de vinos, sabiéndose en mixturas alcohólicas, concienzudos apreciadores del néctar que empezara su gloriosa heráldica volviendo tarumba a Noé...

Alrededor de él, como plantas espontáneas protegidas por su sombra, se mueven unos seres que ponen calor de vida en la soledad del establecimiento; a saber:

Anatolio, el jefe de cocina, un ser gordiflanza, que copió del solomillo el color del rostro y del rosbif la onidez de su individuo, y del que Mac Farland hizo sabiamente su primer soldado... un soldado glotón, que hubiera hecho un gran papel en la corte babilónica, como organizador de los festines bíblicos...

El tío Jaime, *maitre d'hotel*, sabio confeccionador de menús y pregonero insustituible de las excelencias culinarias del buco de Anatolio... Un vejete simpático, que ya nació con frac, rígido, serio, señorial...

Mac Farland, sabedor de su devoción a la casa, hizo de él su amigo...

Y entre aquella colección de plantas sin flor, ponía la alegría de sus colores y la seducción de sus perfumes. Liliانا, sobrina de Mac Farland, inértana desde chiquita, de la que el hotelero hizo su cajera... y una hija más...

Divina Liliana, flor de invierno...

El Támesis la hizo rubia — debe ser el río serio el que tiene las cabelleras de las hijas de Albión, como las siervas de Erin son morenas — y puso en sus ojos verdoros insospechados, tonalidades de misterio, de aguas revueltas, nido de guanos diabólicos...

Pupilas de gema milagrosa, fosforescentes, blancas...

Más que escribir cifras, sus manos de lirio trazaban sobre las hojas de los libros mayores, signos cabalísticos, palabras de cartas embrujadas, predicciones endiabladas, pasmo de creyentes y alocamiento de cerebros tuchados...

La mirada de Liliana se posaba sobre las mesas desiertas, y al conjuro de sus pupilas, las copas de cristal tallado se convertían en abismos transparentes donde los genios de las pitonisas danzaban sus ritmos diabólicos...

Y quizá de tanto ver lo que tanto ansaba, de soñar despierta su anhelo eterno, el cuerpo de Liliana iba haciéndose metálico, ensortijado, rebelde a la quietud obligada, y era flexible,

como un resorte de acero, retorcido en sí mismo con sinuosidades prontas a saltar a la menor presión... Cuerpo de nervio y de fibra, cuerpo de carne embrujada...

Cajera... Encajera del destino, hecha para bordar el placer, para labrar rosetones en el goce...

Aunque no lo parezca, Mac Farland tenía en su restaurante dos clientelas: la clientela de paso... *que no pasaba nunca, o casi nunca...* y la clientela fija, cuyo único representante era el señor Watson, un magnífico ejemplar de la cronda familia de los *gourmets*.

El señor Watson era el único habitante de Londres con sentido común culinario... si hemos de creer al testimonio fehaciente del tío Jaime y del sustancioso Anatolio...

¿Cómo no habían de quererle en aquella casa!...

En las horas desiertas — que eran veinticuatro al día — era el único que decía con una voz que sonaba a trompeteo de ángeles:

— ¡Maravilloso, Anatolio! ¡Lo que se dice maravilloso!... ¡Es usted el rey de los cocineros!...

Y mientras Anatolio se esponjaba al requiebro, y tío Jaime se daba unos tironcitos de las puntitas del frac, Mac Farland, el soberano cantador, se llegaba complacido hasta el estante de los vinos milenarios y gustaba un 1780 que quitaba la cabeza...

¿Qué hombre el señor Watson!... ¿Qué distinción!... ¡Oh paladar digno de los dioses mortales!...

¡La plebe de Londres!... ¿Qué sabía la plebe de Londres de delicias pantagruélicas?...



En la vida de Liliama, la prosa de los números, la fastidiosa prosa de los números, en los días monótonos e iguales, había ido creando vagos anhelos de mejoramiento, de libertad, anhelos que al fin se concretaron en un ensueño plástico: la DANZA.

¡Ser danzarina!... Trencar con sus pies chiquitos todas aquellas maravillas que hasta entonces apenas si tenían espacio para moverse en su cerebro atormentado por los antipáticos guarismos...

En ya en ella una verdadera fiebre, y por ver logrado aquel anhelo único de su alma soñadora, hubiera dado media vida...

¿Pero cómo?... Ni aun se atrevía a dar cuenta de sus aficiones a Mac Farland, a aquel hombre bueno, que había tenido para ella en su orfandad y su abandono, ternuras y cuidados paternales...

Y la pobre muchachita, la futura "estrella", se consumía tras aquella ventanilla, que sólo necesitaba barrotes para ser la verdadera cárcel de sus ensueños y sus ilusiones...

Mac Farland tenía un hijo único: Gerardo.

Un muchacho de la misma edad que Liliama, es decir, en la flor de la vida... Más que un chico era ya un hombre, al menos en la corpulencia y en la contextura y en la seriedad de su cara cetrina...

En la Universidad de Cambridge, santuario del saber, veía deslizarse su juventud, cultivando el músculo y la inteligencia... quizá un poco más lo primero que lo segundo...

Su padre no quería que su hijo continuase pudriéndose entre las paredes de aquella casa de comer, donde nadie comía, y había soñado para su primogénito otros horizontes más amplios, más distintos... Quería hacer de él un gran doctor, no importa en qué ramo del saber...

Y en cuanto cursó, con relativo aprovechamiento, los primeros estudios, le hizo ingresar interno en aquel templo de la humana sabiduría, donde, naturalmente, los estudiantes no estu-

daban — aunque otra cosa creyesen los padres —, pero en cambio se secaban el cerebro resolviendo los áridos problemas de las palabras cruzadas...

Disciplina, sí... De ese plato les servían en abundancia, preparando esas generaciones de ingleses que no rien más que para dentro y se mueven a compás, como los relojes...

¡Con qué intensidad sentían el placer de vivir, aquellos monjes forzados, cuando después de horas y más horas de clase, se abrían para ellos las puertas de su jaula!...

Las aguas del río sabían de sus correrías bulliciosas, de sus carcajadas sonoras, del desperdicio de sus almas dormidas en aquella mazorra de la ciencia, de la antipática ciencia...

Criada y crecida al lado de Gerardo, Lilianna le quería como un hermano — según ambos creían ingenuamente — y todos los domingos un tren mañanero la llevaba a Cambridge a ver al prisionero, a pasar a su lado aquellas horas benditas del holgorio semanal...

Al final de trayecto pasaba bajo las solemnes arcadas y se dirigía a la puerta grande, que se abría rezongona para dar paso a los gorrioncillos de biblioteca, a los pajarillos de aula tristona, y esperaba la salida de su primo...

Dábanse las manos como dos chucuelos, y el uno al lado del otro se

sentían felices sin saber por qué, y aquellas dulces horas dominicales tenían para ellos la brevedad de minutos...

Llegados a la orilla del río, echaban al mar su yola, y apoderándose cada uno de un remo, paseaban sobre las aguas su alegría de vivir y su contento de verse reunidos...

Verdad que a veces paraban los remos y bogaban los ojos por regiones de ensueño...

Era entonces, que lo que ellos no se atrevían a decirse, el amor, se hacía marinero...

Los compañeros de Gerardo, que también escogían la ribera como sitio apropiado para sus expansiones domingueras, los veían pasar envidiosos...

— ¡Gerardo y su prima!...

— ¿Su prima... o su novia?...

— Su prima...

— Pues no lo parece...

— Es bonita...

— Preciosa...

— ¿Quién tuviera una prima así!...

Y ellos les saludaban con la mano y recordaban que tenían que remar... y remaban, pero sin dejar de mirarse...

Porque Gerardo amaba a Lilianna... y Lilianna amaba a Gerardo...

¿Hermanos?...

Había demasiado fuego en sus ojos...



Un día en que Gerardo, risueño, contento, tenía una confianza ciega en la vida y en la felicidad, un día en que sin saber por qué estaba más alegre que de ordinario y se entretenía con sus compañeros en hacer diabluras infantiles en la clase de estudio, el destino tuvo una burla cruel, a las que es tan aficionado, por desgracia nuestra...

Cuando más sonoras eran su risotadas, entró en la sala el Director...

Pusieronse en pie de un salto, esperando la reprimenda obligatoria, cuando aquel hombre endemoniadamente serio se acercó a Gerardo y llamándole aparte le dijo:

—Gerardo... ya es usted un hombre y debe tener la entereza necesaria para recibir una noticia dolorosa... Pero tranquilícese, que quizá las cosas aun tengan remedio y no sea esto más que una falsa alarma.

Palideció intensamente el muchacho ante aquel exordio y preguntó temblando la voz, como si adivinase la verdad:

—¿Pero, qué pasa, señor?...

—Ya le he dicho a usted que quizá nada... Acaba de recibirse en este momento un telegrama para usted...

—¿Un telegrama?...

—Sí...

—¿Dónde está?... ¿Qué dice?...

—Tómelo...

Gerardo se apoderó ansiosamente del papel y leyó temblando:

Papá gravemente enfermo. Ven en seguida.

Liliana.

El efecto de la lectura fué terrible... Gerardo sintió como si le hubiesen descargado un mazo en los sesos...

—¡Muerto!... ¡Muerto!...—sollozó.

—¡Quizá no, hombre, quizá no!—creyó que le decían...

Pero en aquellos momentos no oía...

Salió de la Universidad como loco, y corrió a su casa... El tren, aquel día, le pareció una carreta...

Cuando llegó a Londres, como suponía, era demasiado tarde...

Sobre la pequeña comedieta de una vida humana había caído el telón...

Mae Farland yacía muerto en su le-

cho y al pie de él Liliانا desgranaba el rosario de sus lágrimas...

Anatolio y tío Jaime gimoteaban en un rincón...

Gerardo corrió hacia el lecho, Liliانا le salió al encuentro, y los dos muchachos se abrazaron en silencio y mezclaron sus lágrimas y sus suspiros...

Eran las cortesías naturales a la obligada visita de la muerte...

Al día siguiente...

Tras una noche de insonnio y de dolor, Gerardo se vió interrumpido en sus meditaciones dolorosas por la presencia de Jaime y el cocinero...

Los dos antiguos servidores trataron de consolarle en su dolor y aun le dieron consejos para lo futuro...

—Gerardo — le decía el pobre *maitre d'hôtel* compungido —, yo le vi nacer... Permitame que le hable como le hablaría su propio padre, que me honraba con su amistad... Su deber, después de la tremenda catástrofe, es quedarse aquí y tomar la dirección del restaurante...

Gerardo no contestó... Aquellas palabras sonaban en sus oídos como el toque de funeral por su doradas ilusiones...

Ante sus ojos pasó la visión de la Universidad, de sus aulas, de sus compañeros... Las tardes alegres en que llegaban hasta el río y con la yola en brazos iban hasta el agua y la surcaban raudos con aquel esfuerzo muscular que más de una vez en las históricas regatas fué la envidia de los buenos londinenses...

¡Adiós ensueños de gloria futura!

¡Todo lo había arrasado la muerte!...

¡Fondista!... ¡Burgués pacífico!...

Ya no vestiría un día la toga y brillaría en el foro...

Tío Jaime seguía hablando...

—Comprendo lo amargo que será para usted renunciar a sus estudios, a su libertad... Pero piense que no es usted solo... Liliانا no tiene en el mundo otro cariño, otro amparo que el de usted...

¡Liliانا!

Fué aquel el nombre mágico... Si... trabajaría para ella... No tenía en el mundo otro cariño... ¡Era verdad!

Miró por la puerta de cristales hacia el restaurante... Allí estaba ella... También Liliانا le vió y salió a su encuentro...

Se abrazaron temblando...

—Liliانا... — murmuró Gerardo sorprendido de sus propias palabras —, he decidido continuar el negocio de mi padre... y quedarme al frente del restaurante... ¿Qué te parece?

Brilló una amplia sonrisa en el rostro de la muchacha, que contestó con verdadero entusiasmo:

—¡Muy bien, Gerardo!... ¡Es lo que debías hacer! Yo te ayudaré, Gerardo, con todas mis fuerzas, con toda mi alma...

Aquellas palabras, el fuego que Liliانا puso en ellas al pronunciarlas, fueron un delicioso calmante para su alma dolorida...

Al menos, en aquel tortuoso calvario que se alzaba ante él, no estaría solo...

Y en medio de su dolor se sintió confortado y animoso...

—¡Gracias, Liliانا... ..gracias... Dios te lo pague!

La mariposa tiende su vuelo

Transcurrieron los primeros días del lato... El restaurante permaneció cerrado, sin gran detrimento en los ingresos de la clientela de paso, pero con harta desesperación y desconsuelo del único hombre que sabía comer en Londres: el orondo señor Watson, algo coasubstancial con el restaurante solitario.

Aquel hombre era una parte integrante de aquella casa.

Pasó el tiempo, que es bálsamo de olvido, y un buen día, Gerardo, algo más tranquilo de espíritu, se decidió a tomar posesión de su cargo de director.

Le sirvió de mentor en aquella prolija operación el benemérito tío Jaime. Con verdadera religiosidad fué enseñándole todos los rincones de la casa, presentándole, no al personal, pues ya

de pequeño lo conocía, sino los enseres, mesa por mesa y silla por silla... Los escaparates, la cocina, el mostrador...

Por fin llegaron a lo que podíamos llamar el santuario de la casa: el estante donde se alineaban las botellas empolvadas de los vinos añejos, de los vinos exquisitos... de aquellos vinos que eran la ejecutoria de los Mac Farland.

Llegados allí, tío Jaime cogió con verdadera unción una botella, la botella de aquel 1780, favorito néctar del viejo difunto, y alcanzando una copa, escanció en ella hasta una mitad de líquido, y, entregándosela con reverencia a su nuevo amo, le invitó a paladearlo, diciéndole:

—Este es el vino añejo que amaba su señor padre... No pasaba día en

que no viniese hasta aquí a recrearse en su aroma exquisito, en el aterciopelado...

Siguió la retahíla interminable de elogios...

Gerardo llevó la copa a sus labios y la vació de un sorbo.

El tío Jaime se persignó asustado, como si acabase de cometerse un sacrilegio...

—¡Ha bebido... no ha hecho más que beber!... — murmuró horrorizado.

Y ya en voz alta, dijo a su amigo, digno, serio, doctrinal:

—Beber, bebe cualquiera, señor... Lo importante es saborear el vino, gustarlo como un don del cielo...

Gerardo se abrió asombrado, sin comprender... Y bebió otra vez de la misma prosaica manera...

El viejo servidor no salía de su asombro:

—¡Un Mac Farland que no saborea el vino viejo, sorbo a sorbo, como un néctar!... ¡Incomprensible!... ¡Sus antepasados protestarían en sus tumbas!...

—¡Crees?... — contestó sonriendo Gerardo—. ¡Bueno, hombre... tranquilízate... ya iré aprendiendo!...

Y la primera visita a los dominios de Mac Farland, el soberano catador de vinos, terminó con una sonora carcajada de su heredero...



Pasado el dolor de los primeros momentos, el desconcierto de los primeros días, Liliana se entregó con más ardor que antes a sus aficiones antiguas, aprovechando la libertad de que ahora disfrutaba.

Y todas las tardes, con el pretexto del *tennis*, abandonaba el restaurante y a escondidas, para que nadie en la casa se enterara, iba hasta una academia de baile, en la que pasaba varias horas haciendo parrucias en unión de otras muchachas tan locas como ella y bajo la dirección de un experto danzarín...

Y una tarde...

Aquel día, como de ordinario, subió a su habitación, y en un santiamén vistió sobre su cuerpecito destuido el trapecito de baile y tapó aquel indumento delator con el uniforme de *tennista*...

Ya otra vez en la tienda fué a despedirse de Gerardo.

—¿Adónde vas, locuela?...

—Pues como todos los días, al...

—Sí, al *tennis*, mujer... Pregunté por preguntar... Ya sé que eso en ti se ha convertido por lo visto en una

enfermedad... Y mira, de buena gana te acompañaría. Ya sabes que a mí también me gusta un rato... pero, hijita, ahora soy todo un hombre de negocios... Mira...

Y le enseñaba la mesa cubierta de papelotes, una verdadera montaña de facturas...

—¡Pobre Gerardo... qué atareado estás!... ¡Hasta luego!... ¡No te enfadas, verdad?

—¿Enfadarme... por qué?... ¡Sabes lo que estoy pensando?...

—¿Qué?...

—Que con tantas lecciones de *tennis*, pronto vas a hacerle la competencia a la gran Sutsana Lenglen...

—¡Guasón!...

Se despidieron y Liliana, que ya sentía hormigueo en las piernas, echó a correr escaleras abajo y en un periquete se encontró en la calle y se dirigió corriendo hacia la parada de autobuses, para coger el que la dejaba casi en la puerta de la Academia de baile...

—¡Qué contratiempo! — murmuró disgustada — ¡Lluve!...

En efecto, empezaba a caer una de

esas llamas que parecen alquilar por horas o por días el cielo de Londres...

—¿Qué dirá Gerardo?...

Y pensativa, preocupada, llegó al apartamento.

En su camino alguien había seguido su cuerpecito menudito saltando como un pajarillo sobre el asfalto...

Desde el volante de su auto, un joven elegante la contemplaba extasiado...

—¡Preciosa!... ¡Divina!... — iba diciéndose en todas las gradaciones del entusiasmo, mientras acertaba gradualmente la velocidad del coche y murmuraba que se acercaba adonde estaba Lilianna.

Pero el autobús llegaba en aquel momento y la primita deliciosa de Gerardo saltó a él con ligereza y el pesado armatoste recuprendió la marcha.

Aquel caballero era el conde Fernando de Aberdens, uno de tantos desocupados como pululan por las calles de las grandes ciudades.

Bondadoso en el fondo, frívolo en la superficie, su mayor defecto era haberse encontrado varios millones en la cuna...

No era ciertamente un autómata un enemigo de cuidado para el potente auto del conde, y como estaba dispuesto a saber quién era aquella hermosa muñequita, fué a colocarse al lado de aquel monumento rodatorio, precisamente en el lado y bajo la ventanilla en que se había sentado Lilianna...

Y empezó un flirte de ojos...

A Lilianna le molestaba verse perseguida... pero no la disgustaba el seguidor.

—¿Quién sería?...

Llegaron por fin.

Paró el vehículo, saltó Lilianna a la acera, y desafiando la lluvia, ya que se había hecho torrencial, llegó hasta la Academia de baile...

Llegaba con retraso, y efectivamente al entrar en el salón, donde ya trenzaban sus compañeras diabluras con sus pies, tuvo que sufrir las amonestaciones del profesor, que, aunque ligero de pies, era algo pesado de lengua...

Entretanto, el conde había seguido a la muchacha y la vio entrar en aquella casa miserable, en que estaba instalada la Academia.

—¿Qué vendrá a hacer aquí?... ¿Qué casa es esta?...

Ni como ni perezoso subió la empinada y tortuosa escalera y se detuvo ante la puerta en que viera entrar a Lilianna.

"Academia de Baile", rezaba un rótulo mugriento.

—¡Una aprendiz de bailarina!...

Sentrió el conde como diciéndose para su capote: "Pan comido", y empujando la mampara, penetró en el vestíbulo, pero le salió al paso un canchero, que se negó rotundamente a dejarle pasar más adelante, aunque por la dádiva de un billeteo tentador, le puso en antecedentes de cuanto quería saber...

Pacientemente, el conde volvió a la calle y aguardó a que terminara la clase.

Acabada la lección, volvió a salir Lilianna...

¡Qué horror!... ¡Cómo llovía!... Da a llegar a casa hecha una sopa...

El conde, que esperaba precisamen-

te aquel momento, se acercó a ella sombrero en mano:

—¿Seré tan feliz que me permita usted acompañarla a su casa en mi coche?... ¡Oh, no se asuste, señorita!... Soy un caballero, y...

Pero Lilitana ya no le oía... ¡Lle-

gar a casa en esto... y con un hombre? De ninguna manera... ¿Qué diría Gerardo?...

Y, temblando como una azogada, rechazó la finura y volvió a su casa como había venido... Es decir, igual no... porque iba calada...



Mientras ocurría todo esto, Gerardo no dejaba de pensar en su prima...

Al aperebirse del diluvio, que estaba descargando sobre Londres, no pudo por menos de murmurar en voz alta:

—Es imposible que Liliiana esté jugando al *tennis* con este tiempo tan infernal...

El tío Jaime, que había escuchado el silloquio, se creyó en el deber de contestar:

—Ella juega con todos los tiempos, señor... Está en esa edad en que uno se ríe de los elementos...

—Es verdad... — dijo Gerardo algo más tranquilo.

Y para entretener los ocios se dejó llevar por Jaime hasta el estante de los vinos *sacrosantos*, y hasta tomó una lección de catadura de néctar...

Sin embargo, estaba intranquilo por Liliiana y no dejaba de pensar en ella... Vuelto al despacho hizo varios viajes de allí a la sala del hotel, al ventanillo tras el cual pasaba sus horas de encierro la muchacha...

Cogió unas flores y las puso en un

florete sobre el mostrador al lado de los libros de caja...

Así las vería ella cuando llegase... ¡Cómo sentía que la amaba, aun cuando nunca se atreviera a declarárselo!

¡Por fin!... ¡Era ella!... ¡Cómo quería!... ¡Caladita!

Gerardo corrió a su encuentro, pero en vez de reñirla como pensara, se limitó a decirle amenazándola cómicamente con un dedo:

—¿Desde cuándo, señorita callejera, se juega al *tennis* lloviendo a cántaros?

—¡No me riñas, Gerardo!... ¡Ea que empezó a llover cuando llegaba... y como me gusta tanto!...

—¡Anda, anda, diablillo!... Vé a cambiarte de ropa, que estás chorreando... ¡Demonio de chica!...

Liliiana siguió el consejo de su primo y minutos después bajaba al restaurante a ocupar su sitio de costumbre...

Al llegar a la ventanilla del *comptoir*, vió las flores nuevas en su florero de vidrio...

—Las ha puesto el señorito Gerardo — le dijo el cocinero,

—¡Pobrecillo!... ¡Qué bueno es!...
—murmuró enternecida—. ¡Si él supiera!...

Y, llevando las flores a sus labios, las besó cariñosamente...

Aquel movimiento no había pasado inadvertido por Gerardo, que la contemplaba tras los cristales de la puerta de su despacho...

¡Tan fácil como les hubiera sido ser felices!...

Pero el demonio, que siempre enreda las cosas, lo tenía dispuesto de otro modo. Precisamente, en el momento en que Liliana se dirigía a ocupar su sitio de costumbre en el mostrador, y Gerardo sonreía creyéndose un hombre completamente feliz, lleno de ilusiones y esperanzas, hacia su entrada en el restaurante un nuevo parroquiano... y aquel parroquiano, que pertenecía a la clientela de paso, era nada menos que el conde Fernando de Aberdens.

Fernando había seguido a Liliana desde la Academia de baile y la vio entrar en el restaurante.

A través de los cristales la vio hablar con Gerardo, subir a cambiarse de ropa y dirigirse a su despacho.

Aquella muchacha, o era de la familia del dueño, o estaba empleada en la casa, y como Aberdens se había enamorado como un chiquillo de Liliana, se dispuso a estrechar su conocimiento con ella.

Ya en el establecimiento, fué a sentarse a una mesa desde la que dominaba por completo el lugar objeto de sus observaciones...

Por polir pidió un aperitivo y después de servido empezó un análisis de

miradas capaces de provocar un incendio...

La sorpresa de Liliana fué grande... Aquel era un seguidor de la tarde...

¿A qué venía allí?... ¿Se atrevería a hablarle delante de los demás?... Y si cometía alguna indiscreción ¿cómo se las arreglaría para taparle la boca?... La pobre muchacha estaba como sobre aviesas, pues veía que todo su tinglado iba a descubrirse...

Entretanto, Fernando, que ya no se contentaba con mirar, ideaba una estratagema para poder hablar con ella sin llamar la atención...

Sacó un cigarrillo y al irlo a encender hizo como que buscaba las cerillas por todos los bolsillos... ¡Nada!... Las había olvidado...

Afortunadamente había cerillas en el mostrador, delante mismo del asiento de Liliana, y allá se dirigió nuestro Don Juan sin vacilar un segundo, pero con el aire más natural del mundo...

—Olvidé las cerillas, señorita... ¿Puedo encender?...

—Desde luego, caballero...

Liliana estaba nerviosísima... Lo que tanto tenía se iba a producir al fin...

Aberdens, después de encender, miró a todos lados, y al verse solo se apoyó indolente en el mostrador y dijo mirando a la joven maliciosamente:

—Mi dedo meñique me ha contado que usted frecuenta una Academia de baile todas las tardes...

—¡Por Dios... silencio! —murmuró Liliana asustadísima y mirando a todas partes con temor...

Fernando acentuó su sonrisa socorona y la dijo en voz baja:

—No tema... me hago cargo de todo y seré rudo como una tumba...

Y siguieron hablando en voz baja, con gran escándalo del cocinero, que no estaba acostumbrado a aquellas libertades de los parroquianos, ni a aquellas familiaridades de la señalina...

Pero no era sólo Anatolio el escandalizado por aquella escena dorjunesca...

Gerardo también lo había visto todo, pero menos cochazudo que el cocinero, no pudo contenerse, y abriendo la puertecilla de su despacho, gritó cólerico:

—¿Liliana!... ¿Vea!...

Al oír la voz de Gerardo, Liliana sintió que recorría todo su cuerpo un estremecimiento...

—Caballero, por Dios... váyase!... ¡Se lo suplico!...

Fernando de Aberdens lo comprendió todo y la dijo calladamente:

—No es una súplica, es una orden para mí... Me voy... pero ¿volveremos a vernos?

—Sí... —contestó Liliana sin saber a ciencia cierta lo que decía y qué clase de compromiso era el que aventuraba; y levantándose de su sillita, acudió al llamamiento de Gerardo...

El joven amo del restaurante Mac Farland había sentido la primera mordedura de los celos y su rostro estaba livido...

Liliana entró en el despacho temiendo...

—¿Me llamabas, Gerardo?... —balbuceó confusa.

—Sí, Liliana. ¿Puedo saber de dónde conoces a ese hombre... y de qué?

—Es un conocido... del *tennis*... —contestó aturdidamente Liliana.

—¿Del *tennis*?... ¿Y tanta amistad existe entre vosotros, que viene a verte aquí?... Pues no deja de ser un atrevimiento por su parte...

—Pero, hombre — se aventuró a decir, algo más tranquila —, comprenderás que yo no puedo impedir a nadie que entre aquí... Lo que te juro, Gerardo, es que no le he dado pie para ello, ni existe nada absolutamente entre los dos...

—Perdona — balbuceó confundido Gerardo —, es verdad... Además, yo no tengo derecho... Bueno, puedes retirarte...

Liliana no se atrevió a contestar, por temor a prolongar aquella conversación cuyo desenlace no le parecía muy claro, y, bajando la cabeza, se dirigió pensadamente hacia la puerta.

Ya casi la había franqueado, cuando Gerardo, que a pesar de las apariencias no había logrado ver disiparse sus dudas y sus celos, la volvió a llamar:

—Liliana...

Volvió atrás la cuidada y se acercó a su primo, que la dijo con infinita tristeza:

—Liliana... ¡qué lejos está aquel tiempo en que no tenías secretos para mí...!

—¿Por qué dices eso, Gerardo... y de qué secretos hablas...?

El muchacho se decidió al fin a dar rienda suelta a los celos que roían su alma:

—¿Pero quieres hacerme creer que el juego del *tennis* se practica bajo la lluvia?

—Gerardo...

—Y si no vas al *tennis*, ¿adónde vas todas las tardes...?

—Pero, hombre... si es que...

Bajo la mirada inquisitiva de su primo, la pobre Liliانا iba turbándose más y más y en realidad ya no sabía ni dónde se hallaba.

—No mientas, Liliانا... Ese vicio es el más feo que pudieras coger... Vale más, si no quieres hablar, si no tienes confianza en mí... que no me digas nada...

Liliانا no pudo más... La repugnaba engañarle por más tiempo... Se decidió a hablar.

—Tienes razón... es mejor que lo sepas todo, y te lo voy a decir ahora mismo... No voy al tenis, no... Eso no era más que un pretexto... Yo no tengo más que un deseo, una vocación, un porvenir... ¡ser danzarina!

—¿Danzarina...! — fue lo único que pudo articular Gerardo.

—Sí... danzarina... y todas las tardes adonde voy es a la academia de baile... Ese señor, a quien no conozco ni vi en mi vida, me vió hoy en la calle y me siguió hasta aquí... Ya lo sabes todo... ¿me perdonarás ahora?

Gerardo estaba aterrado. ¡Bailarina... Liliانا bailarina! ¡Qué monstruosidad!

Y ciego de cólera y castiéndola con violencia por la muñeca, la dijo echando fuego por los ojos:

—¿Perdonarte? ¡Nunca! ¿Lo oyes bien? ¡Nunca!

—Gerardo...

—¿Has llegado a creer ni por un segundo que yo toleraré semejante locura? ¡En la familia de los Mac Farland no hubo ni habrá bailarinas!

Liliانا sintió que también en ella se despertaba el geniecillo... Todo es-

taba dispuesta a sacrificarlo, pero su vocación, no... ¡Aquella era superior a su fuerza! E ingeniándose, retadora, ante el joven, le dijo con entereza de que ella misma fue la primera sorprendida:

—¡Si no lo toleras, me es igual! ¡Yo estoy ya cansada de vivir esta vida monótona y aburrida! ¡No puedo más! No he nacido para esto... Tengo proyectos, ambiciones... y me he propuesto seguir mi destino cueste lo que cueste...

—¿Liliانا!

—¡Es inútil que trates de convencerme...! ¡Seré danzarina aunque sea contra el parecer del mundo entero!

—¿Liliانا! — volvió a gritar Gerardo, cuyo rostro se había contrahido espantosamente.

Pero Liliانا no le oía. Estaba loca y prosiguió ya en el vértigo de sus aficiones:

—¡Quiero el arte, el triunfo...! ¡Quiero gustar la embriaguez de los aplausos en las noches de gloria...!

Y se exaltaba por momentos y seguía hablando de sus quimeras y sus sueños, sin notar el efecto que sus palabras iban causando en aquel niño con cara de hombre.

Gerardo la interrumpió violento:

—¡Calla...! ¡No hables más...! ¡No quiero oírte...! Hasta ahora, Liliانا, nuestras vidas habían marchado muy juntas por un mismo camino... Eso ya no puede continuar... Puesto que quieres ser independiente, puesto que te rebelas contra mi voluntad y veo que yo ya no soy nada para ti, ¡vete! eres libre desde este momento...

—¿Gerardo...! ¿Me echas...?

—¡Sí! ¡Te echo! ¡Vete...! ¡Vete...!

¡No quiero que estés aquí ni un minuto más... y no volveré a verte en mi vida! ¡Has muerto para mí...!

—¡Pero, Gerardo, no seas así... considera...! — gimió la infeliz.

—¡Vete...! ¡Vete...! — rugía abecado Gerardo, y su dedo rígido señalaba la puerta con imperio.

Toda la soberbia de Liliانا se rebeló en aquellos momentos. No quiso suplicar más y, subiendo rápidamente a su habitación, recogió en un paquete sus cosas y se dispuso a salir a la calle.

Creía que él la llamaría antes de irse... pero se engañó.

Gerardo ni aun volvió la cabeza al ir sus pasos.

Anatolio y el tío Jaime, que habían oído el altercado, se miraban consternados.

Con la cabeza hundida en el pecho se dirigió hacia la puerta. Afuera seguía lloviendo torrencialmente...

Y al abandonar aquella casa, que para ella había tenido calor de hogar, diríase que la calle la acogía con odio, sumida en la hostilidad, en la tristeza de la lluvia.

Un momento se detuvo en la puerta, vacilante...

¿Adónde iba?

Nunca la pareció Londres tan grande, tan inmenso... y al mismo tiempo tan solitario.

Cuando ya iba a decidirse a echar a andar, se acercó a ella el conde de Aberdenn.

Se había dado cuenta del altercado entre los dos primos y adivinando el resultado se apostó en la puerta dispuesto a intervenir en el momento que él considerara oportuno.

Y aquel momento había llegado.

—Señorita — dijo, acercándose a ella —, ¿me permite que la ofrezca mi auto, para llevarla adónde desee?

Liliانا no contestó. Estaba aturdida.

—Llueve mucho, señorita... y es una temeridad aventurarse en Londres sola y con este tiempo infernal.

—Gracias, caballero... No puedo aceptar...

—Pero ¿adónde va usted, señorita?

—Eso es cuenta mía.

—Es que...

—No insista... Muchas gracias por su ofrecimiento, pero no acepto. Se adonde voy...

No lo sabía... pero se hundió en la noche hacia lo desconocido... hacia la lucha... hacia aquel porvenir que le había deslumbrado y puso tinieblas en sus ojos de soñadora de gloria...



Mientras tanto allá en el despacho del restaurante ocurría una escena lamentable.

El tío Jaime, cuando vió el cariz que tomaban las cosas, cuando se convenció de que la cólera de su joven amo había provocado lo inevitable, quiso intentar una reconciliación entre los dos jóvenes, y entrando en el despacho de Gerardo le dijo humildemente:

—Creo, señor, que hubiera sido más humano no llevar las cosas tan lejos... Con un poco de indulgencia y de bondad todo se hubiera arreglado... me parece a mí.

Pero no estaba Gerardo en aquellos momentos para baños de templanza, y descargando toda su ira sobre el entrometido, le contestó furioso:

—¡Tío Jaime, de ahora en adelante, hable usted solamente cuando le pida su opinión!

El pobre viejo se quedó de mármol. Hablarle a él en aquel tono... a él...

que era el puntal más firme de la casa...

Pero tragó el insulto e inclinándose humildemente contestó con tristeza infinita, pero con una gran dignidad:

—Señor Mac Farland, reconozco que no soy más que un pobre criado y confío que en lo sucesivo no tendrá usted necesidad de volver a recordármelo...

Y girando pausadamente sobre sus talones, se dirigió a la puerta y salió de aquel despacho, que ahora encerraba, no a un Mac Farland sensato, sino a una verdadera fiera.

Si embargo, toda la cateresa de Gerardo desapareció como por encanto al verse solo, y dejándose caer sobre un viejo diván, hundió la cabeza entre las manos y estalló en sollozos desgarradores.

—¡Liliana! ¡Liliana!

Y de sus labios resacas salía el nombre querido, como un rezó, como una plegaria, que desgarraba sus entrañas.

La amaba, sí... la amaba con toda

su alma y nunca como ahora comprendía la fuerza con que lo dominaba aquel sentimiento...

¡Adiós sus sueños de amor y de ventura! ¡Se iba... se iba para siempre! Estaba perdida para él.

Porque ni ella volvería a solicitar perdón — ¡la conocía bien! — ni él iría a buscarla nunca.

Y horas y horas eternas siguió llorando su desconsuelo.

¡Pobre Gerardo!

III

En la vía de amargura

Al día siguiente, Lilitana, cansada de ir de un lado para otro buscando siquiera una luccecita en aquellas tinieblas que la rodeaban, fué a parar a una Agencia de espectáculos, a un tugurio adonde iban los desheredados de la fortuna en busca de trabajo, en busca de un mendrugo de pan.

Aquel antro era el refugio, el punto de reunión de la bohemia central, la más vanidosa y también la más lamentable de las bohemias.

Gentes astrosas, vestidas de barapos, con las huellas del hambre en los rostros macilentos, pero con el orgullo de creerse todos semidioses, genios incomprendidos...

El talento de aquellos portifolios de la gloria, se mezclaba en el ambiente con las imprecaciones, los insultos a los consagrados... y el humo acre de las pipas...

Precisamente en el banco en que se dejara caer, más que sentarse, Lilitana,

le había tocado colocarse entre dos ibicetas bohemias de melenas grasientas y botas jocosas, que reían a carcajada batiente, y aquellos dos melindros la iban aculando poco a poco con sus enormes pipas inasistibles.

Estaba volada, nerviosa, y más de una vez se hubiera ido a no retenerla allí la necesidad.

Pero sucedió algo que había de variar completamente su porvenir... precisamente cuando más negro se presentaba ante su vista.

Fernando de Aberdens era un convencido del viejo refrán "pobre porfiado, saca mendrugo", y a pesar de haberse visto rechazado por dos veces en pocas horas, no cejaba en su empeño de conquistar el cariño de Lilitana y la había seguido, sin perderla de vista un momento, en todas sus andanzas.

Tras ella penetró en la Agencia y fué a sentarse en el mismo banco.

Fernando se reconocía culpable... Por haber entrado irreflexivamente la tarde anterior en el restaurante, había tenido Liliانا la pelotera con su primo, y por su culpa la habían arrojado de la casa...

Estaba sinceramente atrepetido y más porque ahora veía que aquella muchacha era una locuela... pero nada más...

Por eso, con profunda compasión, con gran sinceridad, se acercó a ella y le dijo conmovido:

—Señorita... sentiría enormemente que por mi culpa sufriese usted algunas contrariedades... La he visto entrar aquí hace un momento y me he permitido seguirla... ¿Puede serle útil en alguna cosa...?

—Creo que no, caballero — contestó Liliانا, cuyos lindos ojos estaban empujados de lágrimas.

—¿Sería indiscreto preguntarle — insistió Fernando — si viene usted aquí en busca de un contrato...?

Vació un rato en contestar la joven. Por fin se decidió. ¿Qué iba perdiendo con ello?

—Sí, señor — balbuceó —, es mi único porvenir...

—¿Ahora doy gracias a Dios por haberla seguido...! ¿Ve usted como si pueda serla útil...? El director del "Coliseum" es un buen amigo mío... Si usted quiere podemos ir a verle y al menos se evitará la molestia de hacerle esperar.

Liliانا se sintió vencida. ¿Por qué no aceptar...? Aquello no la comprometía a nada... Trabajaría... Podría ser libre... vivir... triunfar...

Y aceptó reconocida.

Abandonó su asiento en el banco

y siguió a Fernando que le parecía ahora un ser sobrenatural.

Llegados al "Coliseum", Aberdens la hizo esperar un momento y entró solo en el despacho del director del Teatro, el *music-hall* más elegante de Londres.

Como había dicho muy bien Fernando de Aberdens, era un buen amigo del director. Su enorme fortuna le había deparado muchas amistades sinceras como aquella.

Los dos amigos se saludaron afectuosamente y el conde, sin entrar en preámbulos, fué al grano directamente.

—Amigo mío, tengo que proponerle un buen negocio...

A la palabra *negocio* y más en boca de aquel millonario desprendido, se le hizo al director la boca agua.

—¿Un negocio...? ¿Cuenta, cuente, querido conde!

—Verá usted... Tengo un gran interés en que haga usted debutar cuanto antes a una muchachita que yo deseo proteger...

El director torció el gesto al oírle:

—¿Una debutante? ¿Y a eso llama usted un buen negocio, querido conde...?

—Hombre, yo lo creo así — contestó Aberdens, sin abandonar un segundo su sonrisa.

—Créame — continuó el director —, los tiempos están muy malos para lanzar artistas desconocidas... ¡Ni siquiera viene el público a ver a las conagradas!

—¿Y usted qué sabe lo que es la que yo le traigo...? Además, ya sabe usted que yo, en cambio, estoy dispuesto...

Se desahogó el ceño del director y volvió a florecer en sus labios la sonrisa.

—Hombre... si usted, como parece querer indicar, me prestase su ayuda económica para montar la nueva revista... quizá podríamos ponernos de acuerdo...

—Ya sabía yo que acabaríamos entendiéndonos — dijo el conde, no sin cierta ironía en el gesto y en la voz—. Sí, hombre, sí, le prestaré esa ayuda... siempre que usted, por su parte...

—Comprendido... Vamos a ver a esta nueva "estrella"... Porque supongo que habrá venido con usted...

—Desde luego...

—Pues que entre... que entre...

Fernando salió al vestíbulo y volvió al poco rato acompañado de Lilliana, que en su vergüenza y en su encogimiento, parecía aún más menudita...

El director la examinó con detención y su aspecto no le desagradó seguramente, porque la sonrisa se hizo más acentuada.

Apretó un timbre y al *gracioso* que acudió a su llamada le dijo:

—Voy a examinar a una nueva artista. Avise al segundo jefe de orquesta...

Y volviéndose a Lilliana, añadió:

—Señorita... cuando usted guste podemos pasar al escenario... ¿No tendrá usted inconveniente en que sea ahora la prueba...?

—¡Oh, no, señor...!

—Verdrá usted preparada... ¿no?

—Sí, señor, sí...

Había llegado el momento tan suspirado por ella y, sin embargo, tenía

un miedo horrible, porque de aquello dependía su porvenir. ¿Serviría?

Y aunque alentada por su nuevo amigo Fernando, siguió temblando ante aquellos dos hombres.

Entretanto, en el escenario, se había ensayando con dos principiantas, el inenarrable, el inconcebible Andreito Dubois, director de baile del "Coliseum".

Andreito era la estilización hecha carne, la quintesencia con raya en los pantalones...

Un entecillo afeminada, de movimientos gatunos, retorcidos, sabios, que nació hombre por pura casualidad... Hasta la vocécilla era de cualquier cosa menos de hombre.

Pero por sobre todo esto que podría parecer defectos para otra profesión cualquiera que la de profesor de baile, era un verdadero artista en su género, y más de una "estrella" deslumbrante se había formado entre sus manos...

Cuando oyó los primeros acordes del piano y comprendió al ver al director de lo que se trataba, suspendió su lección a las principiantas y se dispuso a ser todo ojos.

Sencóse el segundo de la orquesta al piano y Lilliana, después de haberse desembarazado de las prendas que la estorbaban, empezó a trazar sobre las tablas las primeras figuras de una danza exótica, que le marcaba el piano y en la que había acumulado el maestro todas las dificultades para contrastar los méritos de la solicitante.

El director y el conde asistían al ensayo.

Lilliana, sobrecoyida, asustada al verse mirada por ojos expertos y más

al comprender que de aquel ensayo podía salir su contrata y sus primeros pasos hacia la soñada celebridad, estaba torpe, desmañada... No daba pie con bola... Perdía el compás... se detenía a la mitad de un paso...

Y cuanto más quería embendarse, lo hacía peor...

El director frunció las cejas, torció el gesto y le dijo secamente:

—¡Basta, señorita...! ¡Puede vestirse...!

Y mientras la pobre Liliانا se apoyaba medio desmayada contra una caja, el director se volvió al conde y la dijo:

—Está verde, amigo mío... está muy verde... Bonita cara, bonito cuerpo, bonitas piernas... hay que reconocerlo... Pero le falta en absoluto lo que unos creen el elemento principal y otros el secundario: el talento...

—¿Cree usted...? — se aventuró a decir Aberlens.

—Estoy seguro de ello.

Y el director del "Coliseum" inició su retirada hacia el despacho, seguido del conde, que a pesar de los pesares, no cesaba en su empeño...

Entretanto allá en el escenario, Andresito Dubois, a quien le había gustado enormemente la nueva discípula,

se acercó a ella meloso y acaramelado y cogiéndole una mano le dijo, persuasivo:

—¡El director es una acémila! ¡Yo soy artista, tengo mirada de artista y adviértame en usted una futura gran danzarina...!

—¿De veras?

Y en los ojos de Liliانا brilló un relámpago, una sonrisa de placer.

—Va usted a verlo en seguida... Muestro... no se vaya... haga el favor de repetir el numerito, que vamos a ensayar de nuevo esta señorita y yo...

Y dirigida por Andresito, libre de las miradas inquisitoriales del director y de Fernando, Liliانا hizo verdaderas maravillas...

Sus piernas ágiles, piernas aladas, marcaban el ritmo preciso de la danza con elasticidades insuspechadas...

Hasta el mismo segundo de orquesta estaba maravillado...

Andresito Dubois no cubía en sí de gozo, loco de orgullo, porque aquella gran danzarina, aquel verdadero genio de la danza iba a ser lanzada a la admiración pública por sus manos pecadoras...

Y dejando a Liliانا plantada en seco en una de sus más refinadas habilidades, se precipitó como una tromba hacia el despacho del director...

IV

En pleno triunfo

Fernando de Aberdens no se consideraba derrotado a pesar del escaso éxito de la prueba.

Era hombre tenaz y además llevaba siempre provista la cartera.

—Lo siento, amigo mío, lo siento —dijo, dándose importancia, el director—, pero se habrá usted convencido de que esa muchacha es una verdadera rana en cuanto a coreografía... Todo lo más, todo lo más... y por complacerle a usted, podría darle, más adelante, cuando esté algo más suelta de piernas, una plaza en el coro... pero, como "estrella"... ni soñarlo.

—¿Lo cree usted así...?

—Firmeemente convencido, mi querido conde.

—¿Y si yo le dijera a usted que mi apoyo financiero a la revista depende de la aceptación de esa muchacha...?

—¿Hombre... si se pone usted así...!

—¿Y si, además —prosiguió imperturbable Aberdens—, le adelantara

a usted el sueldo del primer trimestre de la debutante...?

—¿Diablo, tanto dirá usted...! —empezó a decir el director del "Coliseum".

Pero Fernando no le dejó acabar. Sacó de su bolsillo un talonario de cheques y a poco bailaban ante los ojos del atónito director estas palabras y estas cifras:

BANCO NACIONAL DE INGLATERRA

Páguese a la orden del señor J. Roberts la cantidad de cinco mil libras

Fernando de Aberdens.

—¿Siendo así... acepto! —gruñó gozoso, el señor Roberts.

—Y cuando a usted le parezca, hablaremos de los gastos que han de hacerse para el estreno de la revista en que Liliana Mac Farland hará su debut, encarnando la protagonista...

—¡Hecho, hombre, hecho...! Aunque aquí, entre nosotros, me parece que el público se va a meter con ella en cuanto la vea aparecer.

En aquel momento, como un bólido, cayó en el despacho, luchando con el rebelde jersey de fantasía, el inclito Andresito Dubois...

— ¡Se... señor director...!

—¿Qué te pasa, hombre...? ¿Te has vuelto loco...?

—¡No lo quiera Dios... en estos momentos... aunque motivos no me faltan para ello...!

—¡Vamos, hombre, revienta de una vez...!

—¡El numerito del ensayo... es una monada... una preciosidad... una filigrana...!

—¡Bueno, para el carro de los epítetos elogiosos y dínos a quién te refieres...!

—¿A quién ha de ser...? A la señorita debutante... a la señorita Lilianna Mac Farland...

—Ahora es cuando empiezo a creer que te has vuelto loco del todo...

—¿Loco, eh? ¿Qué cuerpo, señor director... qué cuerpo...! ¡Ondula como las espigas de oro al soplo del viento...!

—¿Qué bárbaro...! — exclamó Roberts sin poderse contener.

Fernando miraba sonriéndose los aspavientos de Andresito que no se contentaba con la oratoria y accionaba con movimientos desordenados trazando en el aire curvas exageradas.

—¡Sus brazos! — seguía el inenarrable director de baile—. ¡Una sinfonía de gracia, un poema de armonía...! ¡Ah! señor... ¡Son más bellos que los de la Venus de Milo...!

—¡Lo creo sin que me lo jures...! — le interrumpió el director.

—¡Déjelo, hombre, déjelo! — exclamó Aberdens complacido—. Tiene gracia el demonio del hombre...

—¡Y qué decir de sus piernas...! ¡Piernas de "pur sang", duras como el acero, rápidas como la centella...! Y además el modelado... ¡ay, señor director, qué modelado...!

Y los brazos de Andresito parecían dos aspas de molino locas...

—¡Pues no te ha dado poco fuerte...!

—¡Oh, es que yo soy artista, señor director... y veo las cosas con ojos de verdadero artista...!

—¡Siempre tan impresionable, Andresito...! Yo veo las cosas con más calma, estudio en ellas las posibilidades de negocio...

—¿De negocio...? ¡Pero si esto es un negocio fabuloso...! ¡Venga usted a verla... ahora mismo... a escape... volando! ¡Verá usted una maravilla, un fenómeno, una fortuna para el "Coliseum"...!

Y quieras que no, Andresito arrastró consigo al escéptico director del "Coliseum", seguido del conde de Aberdens, que lo que más deseaba era convencerse de las manifestaciones del afeminado director de baile.

Llegados al escenario, Andresito le dijo al maestro de música:

—¡Maestro... lo mismo de antes... pero con más brío, con más nervio...! ¡Van ustedes a ver una verdadera maravilla...!

Y llegando hasta donde se hallaba Lilianna, aun gozosa con el triunfo anterior, la dijo comiéndosela con los ojos:

—¡Vamos, señorita Lilitana...! ¡Vamos a demostrar a esos imbéciles quiénes somos bailando...!

Y empezó otra vez la danza exótica, de ritmos inverosímiles, y Lilitana bailó, bailó, hábilmente dirigida por aquel figurín con pantalones, mejor, mucho mejor que antes...

Indudablemente, Andresito no había exagerado... Aquella mujer era una verdadera alhaja...

El director no tuvo más remedio que reconocerla, y ya ganado por el entusiasmo de Dubois, felicitó efusivamente a la futura estrella mayor del "Coliseum":

—¡Señorita, permítame usted...! ¡Debo reconocer que tiene razón este mastuerzo y que antes no he sabido apreciar su mérito...! ¡Desde luego queda usted contratada...!

—¡Oh, gracias, señor! — balbució Lilitana, roja de emoción y de orgullo.

Y sin saber lo que hacía se arrojó

en brazos de Andresito y le besó ruidosamente en ambas mejillas...

Dubois creyó que le acometía el vértigo...

—Ahora, señorita, y a partir de hoy, empezará usted una preparación concienzuda bajo la dirección del maestro, pues quiero que el estreno de la revista se haga en seguida... Creo que vamos a hacernos de oro...

Fernando de Aberdena se acercó entonces a Lilitana y la dijo respetuoso:

—Espero, señorita, que me considerará usted como un verdadero amigo suyo... y que a ese título, me permitirá que me encargue de facilitarle cuanto la haga falta... Ahora mismo le llevaré a un hotel y podrá consultar a los socios para empezar a preparar sus *tablettes*...

—¡Oh, gracias, gracias...! ¡Cómo podré pagarle...!

—Concediéndome su preciosa amistad...

—Esa la tiene usted desde ahora por completo...



... tuvo que sufrir las amonestaciones del profesor...



— Ya no tengo más que un deseo, una vocación, un porvenir... ¡ser danzarina!



... dirigida por Andrésito, libre de las miradas inquisitoriales del director...



... marcaban el ritmo preciso de la danza con elasticidades insospechadas.



—Debo reconocer que tiene razón esta mujer y que antes no he sabido apreciar su mérito...



Una verdadera apoteosis...



Su paso entre las mesas levantaba murmullos de admiración



... cuando cogió la primera copa entre las manos, su pensamiento huyó lejos ...



— ¡Lilián!... ¿quieres unir tu vida a la mía?...



— Gracias, Fernando, por tener tan buena opinión de mí...



Bailó una danza creación de Dubois.



hicieron trrupción en la sala silenciosa.



Liliana tenía una secreta esperanza...



Entre los llegados a última hora figuran Liliana y el conde.



—Gerardo... pero es posible
que todavía me guardes rencor?



— ¡Pues podemos casarnos cuando quieras!



Pasaron los días raudos, febriles, para Liliانا, que se vió de pronto en un mundo para ella desconocido...

Los mejores modistos de Londres llenaron sus salones y se vió equipada rápidamente... Su guardarropa, a expensas del conde de Aberdens, fué la envidia de las damas más encopetadas.

Sedás... rasos... joyas... Cuánto podía soñar su fantasía de mujer lo nso a sus pies Fernando.

Y llegó el día del *début*...

No había lienzo de pared en Londres donde no se hubiese fijado un anuncio del *début* de "La Mariposa de oro", nombre de guerra adoptado por Liliانا...

Aquella noche la sala del "Coliseum" estaba de bote en bote. Toda la buena sociedad de Londres se había dado cita en el aristocrático *maric-hall*.

El triunfo fué clamoroso, las ovaciones y las llamadas a escena se sucedían sin descanso y Liliانا se vió obligada a besar dos o tres veces su número... Una verdadera apoteosis...

Al terminar la revista, los comenta-

rios eran apasionados; la excajera del restorán Mac Farland se había convertido en unas horas en la mujer de moda, y sus adoradores formaban legión...

Toda la gente de escenarios invadió su camerino llenándolo de flores, de piropos y de sonrisas...

Por fin, al cabo de una hora, pudo Liliانا verse libre de tanto moscón y, después de cambiar de ropa, se dirigió del brazo de Fernando de Aberdens, al restorán del teatro...

Se pasó entre las mesas levantaba murmullos de admiración...

No sólo era una artista eminente, sino que era en aquellos momentos la mujer más hermosa y más elegante de Londres...

Y, sin embargo, Liliانا no estaba contenta...

Al descorcharse el champaña, cuando cogió la primera coxa en sus manos, su pensamiento huyó lejos, muy lejos... a aquel despachito del restorán modesto, donde a aquellas horas estaría él... solo, triste, quizá llorando...

Fernando no pudo por menos de

notar su abstracción y la dijo con infinita tristeza:

—Liliana... ¡Qué lejos estás de mí en estos momentos...!

Volvió en sí por un esfuerzo de su voluntad y contestó, intentando en vano sonreír:

—¿Vas a dudar de mi amistad, Fernando?

Y queriendo aturdirse a sí misma, para olvidar, exclamó gozosa:

—¡Ea! ¿Quién piensa en penas, cuando hay en nuestras manos una copa de chamusca?

Y bebió, bebió para olvidar... pero no pudo conseguirlo...

En aquel momento, cuando más alegría fingía... pasó por ante ellos un hombre... ¡El...! ¡Si... sí...! ¡Era él...!

Y levantándose presurosa, corrió tras el desconocido y gritó con voz de alma:

—¡GERARDO...!

El hombre aquel se volvió sorprendido... ¡No era él...!

Y confusa, avergonzada, murmuró la criatura:

—¡Perdón... le había confundido...!

El desconocido contestó rendido:

—¡Ojalá no hubiese habido engaño...!

Y la siguió con los ojos hasta su mesa...

¡Aun eran amargas las mieles del triunfo...!

¡Pobre Liliana...!

V

Fortuna... Gloria... Humo...

Una gran tristeza se había apoderado de Lilianna y cuando se encontraba sola las lágrimas acudían a sus ojos...

¡Talento, gloria, fortuna...! Rossa en un vaso de agua, que un día hasta para marchitar...

Todo lo daría ella por una palabra de amor de Gerardo...

De qué la servía haber triunfado, ser envidiada por todo el mundo, verse colmada de agasajos, rica, nimbada por la gloria, si el pobre corazón gemía ausencias y olvidos?...

¿Qué sería de Gerardo?...

Tenia un ansia loca de verle... pero no se atrevía a ir a su casa...

¿Cómo la recibiría?... Sabía la entereza de su carácter y el puritanismo de sus costumbres...

La rechazaría, indignado... la insultaría...

Aun parecían resonar en sus oídos aquellas palabras airadas:

"En la familia de los Mac Farland, no hubo ni habrá nunca bailarinas..."

Era una locura pensar en que aquel hombre la admitiese en su casa...

Y, sin embargo, Lilianna comprendía ahora que le amaba, que sólo por él hubiera sido capaz de cualquier sacrificio...

Por Fernando no sentía más que una sincera amistad...

Era muy bueno Aberdens, se había portado con ella como un perfecto caballero, y si la amaba — y de ello tenía pruebas —, se contentó hasta entonces con decirselo calladamente, rendidamente, sin abusar de su posición con respecto a ella...

Si... era muy bueno Fernando... pero ella no amaba, no podía amar, no amarla nunca, más que a Gerardo...

Precisamente aquel día, según había leído en la prensa, Gerardo, en las regatas del Támesi, procuraba también conquistar un poco de gloria.

Sus antiguos camaradas de Cambridge, le habían rogado que ocupase su puesto, como los demás años, en la yola, que defendería los colores de la Universidad gloriosa...

Y Gerardo vistió de nuevo el jersey universitario.

Liliana estaba entre el público. Su deseo de ver a Gerardo, aunque fuera de lejos, la hizo suplicar al conde que la llevara a las regatas; y allí, a orillas del río rumoroso, lucía la estrella de moda una de sus más elegantes *toilettes* causando la admiración de las elegantes...

¡Con qué ansiedad siguió todas las alternativas de la lucha!

Sus ojos no se apartaron un segundo de la silueta del antado, curvado sobre los remos, arqueando su cuerpo de atleta en el impulso varapil...

— Ganan... ganan!... — gritaba gozosa...

Y cuando la yola, adelantando valientemente a sus contrarios, cruzó la primera la meta como una centella, no fué ella la que con mayor fuego se sumó al frenético:

— Hip, hip, hip... Hurra!...

Y su mantas de lino se pusieron rojas de tanto aplaudir...

Cuando los vencedores saltaron a tierra los rodeó la multitud, estrujándolos, aclamándolos, vitoreándolos con entusiasmo delirante...

Liliana corrió también hacia el grupo que rodeaba a los vencedores y a fuerza de fuerzas logró verse al lado de Gerardo, que sonreía modestamente a sus admiradores...

Al ver a su prima, desapareció la sonrisa de sus labios y una intensa palidez se adueñó de su rostro...

— ¡Tú!... — balbució el infeliz.

¡Qué guapa estaba!... ¡Qué elegante!...

— ¡Estoy orgullosa de ti, Gerardo!...

Y había sinceridad en las palabras y en el gesto... y algo más que sinceridad...

— ¡¿Cómo que no pueda yo decir lo mismo de ti!... — contestó Gerardo.

— Vámos... — dijo entristeciéndose súbitamente Liliana —, no me guardes rencor por más tiempo... Esta tarde, a las cinco, te espero a tomar el té en mi casa...

Aberdenn asistía a aquella escena, y el demonio de los ojos hacía cosquillas en su alma...

— ¡Vendrás, Gerardo?... — preguntó angustiada.

— No sé... — contestó Gerardo, bajando la cabeza confuso.

— Te espero...

Pero en aquel momento se acercó al grupo el conde, y Gerardo, tras de mirarlo con altivez cara a cara, se inclinó respetuosamente ante su amado y desapareció entre la gente...

En aquel momento Liliana hubiera abofeteado a Aberdenn...

— ¡Quién es ese hombre? — preguntó Fernando.

— Mi primo Gerardo — contestó secamente la danzarina.

Y el regreso a casa no pudo ser más triste...



Aquella tarde los minutos le parecían siglos a Liliانا, esperando que fueran las cinco...

Crea la infeliz que Gerardo acudiría a la cita que le diera aquella mañana a orillas del Támesis, después de las regatas en que resultó vencedor la yola de la Universidad de Cambridge...

Nunca puso tanto cuidado en preparar el te, en el adorno de su coquetón gabinete particular, ni en su misma toilette...

Había escogido para aquella entrevista, su traje negro de terciopelo, aquel traje que como una creación suprema confeccionara para ella el rey de los modistos...

¡Cómo resaltaba sobre el negro el raso de su piel blanquísima!

La misma tristeza, la angustia, la ansiedad que se reflejaba en su rostro, centuplicaban su belleza...

De haberla visto Gerardo en aquel momento, hubiera caído rendido a sus pies, hubiera olvidado sus rencores y hubiera perdonado a la muñequita loca, esclava de la pasión de la danza...

Sonó la campanita del reloj y su

cantinela metálica tuvo para ella sonidos de gloria...

¡Las cinco!... ¡Iba a venir!...

En aquel momento llamaron discretamente a la puerta... El corazón parecía querer saltarse del pecho...

¡Gerardo!...

Y ella misma fué a abrir y la hoja de la puerta cedió a la presión suave de sus dedos temblorosos...

A punto estuvo de lanzar un grito...

El hombre que acudía con aquella puntualidad era el conde Fernando de Aberdena...

También él había oído aquella mañana la hora de la cita, y el amor y los celos le hicieron presentarse en el minuto preciso, aun a sabiendas de que había de provocar las iras de Liliانا...

—¿Eres tú?... — consiguió balbucir al fin.

—Sí... soy yo... No me esperabas, ¿verdad?...

—No — contestó ingenua.

—¿Estorbo?...

—Tú no has estorbo nunca en mi casa... aunque te hubiera agradecido más que no hubieras venido...

No dijo más, ni él se hubiera atrevido a pedirle explicaciones en aquellos momentos...

Guardaron silencio...

—No vendrá tu primo... —dijo al cabo de unos momentos, Fernando.

—¿Tú qué sabes?...—contestó volviéndose hacia él con presteza.

—Si no hubieras estado ciega lo habrías conocido en su cara...

Nuevo silencio...

Aberdens no sabía cómo romperlo y sin embargo hacia rato que unas palabras le quemaban los labios...

Por fin se decidió...

Se había sentado junto a ella... Cogió una de sus manos entre las suyas y la dijo, con voz temblorosa de emoción:

—Liliana... vengo hoy decidido a hablarte de algo muy importante... muy importante para mí...

La joven bajó la cabeza... Hacía mucho tiempo que esperaba aquella confesión que iba a hacerle Fernando de Aberdens... y sin embargo, tembló todo su cuerpo, porque la repugnaba ser cruel con aquel hombre tan bueno...

—Liliana — continuó el conde—, ¿quieres unir tu vida a la mía... quieres dejarme que te haga dichosa?...

Aquella proposición de matrimonio hecha con tanta sencillez la conmovió profundamente...

Pero ¡ay! no podía aceptar...

—Gracias, Fernando... por tener tan buena opinión de mí... pero por ahora no puedo contestarte. Lo pensaré... y quizá algún día...

Se ensombreció la cara del conde y se dejó caer desalentado hacia atrás... ¿Amaba de veras Fernando de Aberdens!...



La belleza de la danzarina había encendido otra hoguera en un corazón fácilmente inflamable...

Nos referimos a Andrésito Dubois... El pobre muchacho estaba verdaderamente loco por su discípula y compañera de bailes...

Y aquella tarde, pensando hallar sola a Liliانا, se había decidido a visitarla en su casa, para declararle de una vez su pasión... si su timidez se lo permitía...

E cuando una discusión quiza violenta se iba a suscitar entre los dos amigos, apareció Andrésito en la puerta del gabinete, con un monumental ramo de flores en la diestra y en los brazos una de sus más arrebatadoras sonrisas, que se trocó en una mueca cómica, cuando vió en el santuario del amor, al que él sabía y creía rival ya triunfado...

En embargo, disimuló su contrariedad, y adelantando rendido, entregó a Liliانا su presente oloroso...

Liliانا lo recibió con una sonrisa, pues aquel chiquillo llegaba oportunamente a librarla de un serio compromiso.

Al conde, maldita la gracia que le hizo la presencia del bailarín, pero como hombre de mundo, contestó cortésmente a su saludo...

Rivales... El arte y el dinero; la poesía y la prosa...

Tristes ironías de la suerte...

Liliانا quiso aprovechar aquel momento para borrar de la mente del conde la escena anterior, y como por otra parte ya no esperaba que viniese Gerardo, ordenó a la doncella que sirviera el te...

La buena mujer se apresuró a cumplir las órdenes de su ama y momentos después entraba con la tetera humeante y las pastas sustanciosas...

El conde no quiso probar nada...

—No tengo apetito — burló.

—Ni yo — dijo Liliانا —. No estoy bien...

Andrésito Dubois, que después de una serie de cómicas maniobras había conseguido sentarse al lado de la danzarina, dijo, volviéndose al conde:

—¿No cree usted que sería conveniente que nos retiráramos, señor conde?

—Márchese usted, si quiere... — contestó Fernando, con tono desabrido y envolviendo al bailarín en una mirada despectiva.

Pero no era aquello lo que deseaba Dubois, y continuó clavado en su sitio.

Liliana estaba cada vez más triste y por fin, sin saber cómo poner fin a aquella situación violenta, recurrió al gran recurso de todas las mujeres en las grandes ocasiones: la jaqueca.

—No puedo más... Tengo la cabeza que me salta... Qué jaqueca más terrible...

Andresito insistió cerca del conde:

—Señor conde... me parece que habíamos adoptado el común acuerdo de retirarnos...

El conde le miró de arriba abajo y ya iba a contestarle de mala manera, cuando intervino Liliana, conciliadora:

—¡Vamos!... ¡Hasta de caras serias!... Esta noche nos volveremos a ver después de la función...

Se había puesto en pie... Los dos

hombres la imitaron y Fernando se acercó a ella respetuoso:

—Adiós, Liliana... y piensa en lo que te he dicho...

—No lo olvido, Fernando... ¡hasta luego!...

—¡Adiós, Liliana!... ¡Que te alivies!...

—Gracias, Andresito...

Y tras no pocas ceremonias y saludos por parte de Dubois, salieron de aquella casa a la que ambos acudieron llamados por el mismo personaje: el amor...

En cuanto Liliana se encontró sola, se encerró en sus habitaciones y una vez allí, sin testigos importunos, dió rienda suelta a su dolor...

¡No había venido!... ¡Gerardo, su Gerardo no quería perdonarla... no la perdonaría nunca!...

Y lloró largamente, silenciosamente...

¡De qué la servía su triunfo si no podía ser dueña de lo único que ambicionaba en el mundo: el amor de Gerardo?...

VI

La bofetada del odio

La sala del "Coliseum" estaba aquella noche resplandeciente...

Aquello ya no era el *music-hall* vulgarote a donde no iban más que los desocupados y los buscadores de aventuras fáciles.

Los triunfos de Liliana habían trascendido a todo Londres, y las más linajudas damas no desdénaban el asistir a sus representaciones, y aun se vestía en la capital del Reino Unido a *la Liliana*:

Sombreros a lo *Mariposa de Oro*,
píeles a lo *Liliana*, vestidos *danzarina*...

Era una verdadera locura...

Y el director del "Coliseum" no cabía en sí de gozo con todo aquello, porque estaba haciendo un negocio colosal...

Roberta bendecía la hora en que se le ocurrió al conde de Aberdena traerle a aquella muchachita que él concep-

tuó como insignificante obedeciendo a la primera impresión.

Para aquella velada había preparado Liliana una sorpresa al público, a su público, y contra su costumbre salió vestida de golfillo y bailó una danza, creación de Dubois, que era ingeniosísima y que provocó una tempestad de bravos y palmadas...

Verdad es que la muchacha estaba deliciosa...

Cuando se retiró a su camerino y apenas se había cambiado de ropa, entró el primero a saludarla Andresito.

El entusiasmo del bailarín perfumado era desbordante.

—¡Qué disfraz, pequeña, qué disfraz!... ¡El público no sabía si estaba ante ti o ante un pilluelo picaresco!... ¡Originalísimo!...

—¿De veras ha gustado?... — exclamó gozosa Liliana.

—¡Un horror!... ¡Como guatarás

siempre!... ¡Ya sabes que te lo dije el día que el acémila del director no quería admitirte en la casa!... Has aprovechado mis lecciones magistralmente...

—Sí, Andresito, sí... Ya sé que es a ti a quien debo mi éxito de esta noche, todos mis éxitos... No creas que lo he olvidado... ¡Gracias!... ¡Doscientos mil millones de gracias, querido maestro!...

Andresito no sabía qué hacerse... Estaba delirante de entusiasmo y por fin, cayendo donjuanescamente de rodillas a sus pies, cogió una de las manos de la danzarina genial y la declaró en tono peripatético:

—¡Liliana... te reservaba para este momento una sorpresa!... ¡Te quiero como sólo se quiere una vez en la vida... y te ofrezco mi mano de esposo!...

—¡Ja, ja, ja!...

Y Liliana se reforzaba materialmente de risa...

¡Esposa de Andresito!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Nunca se le había ocurrido una cosa tan chusca!...

No sabía cómo tomarse aquello, ni qué contestar a aquel muñeco que se gaba de rodillas y a sus pies...

Afortunadamente, vino a sacarla de apuros la entrada en el camerino del conde y el director rodeados de un buen número de admiradores.

Andresito se apresuró a ponerse en pie y para disimular empezó a barbotar frases encomiásticas:

—¡Estupendo!... ¡Originalísimo!... ¡Has armado un "espólium"!...

Y a tantas necedades hicieron eco durante unos segundos toda aquella caterva de imbéciles de frac...

—¡Muchacha... — le dijo el director—, no sé cómo decírtelo... pero merezco que me des unos azotes por burro!... ¡Pues no dije yo que no tenías talento!... ¡Habrá jítota!...

Rieron todos la ocurrencia, y Fernando, después de felicitar a su amiga por el nuevo triunfo, la rogó que se vistiese para salir a la calle, diciéndole que la esperaba fuera...

Accedió, gustosa, Liliana — que tenía su proyecto aquella noche—, y después de retirarse todos se entregó en manos de su doncella...

—Ponme muy guapa... que quiero estarlo esta noche como nunca...

Detrás de una cortinilla el amor se reía a carcajadas...



Poco tardó en salir Liliانا...

La acuciaba un capricho... un capricho, no; un imperativo de su corazón enamorado...

Quería satisfacer un deseo ferviente: volver al antiguo restorán MacFarland, que ahora, rennovado, se había convertido en un discreto lugar de moda...

Se conocía allí la mano de un amo joven... Los negocios le iban viento en popa a Gerardo en cuanto a la parte material...

Pero en cambio, el corazón... sufría atrocemente la falta de la ingrata...

Y una hora después de la función del "Coliseum", hacían irrupción en la sala silenciosa, Liliانا y su séquito, en el que no faltaban, ¿cómo habían de faltar!, el conde de Aberdens y el indito Andresito Dubois, que era algo así como el escudero de la bailarina...

La entrada de Liliانا en la casa arrancó tres gritos de estupor y de alegría.

Salieron las exclamaciones ruidosas de los labios del tío Jaime, de Anatolio... y del señor Watson, el cliente

que no había dejado un solo día de ser fijo...

—¡Liliانا!...

—¡Liliانا!

—¡Liliانا!...

¡Con qué placer corrió por entre las mesas y vió en ventanilla coqueta, y dió unos cachetitos en la mejilla lustrada de Anatolio!...

Pues ¿y tío Jaime?... ¡Un abrazo y un beso al buen viejo!...

¿Y el señor Watson?...

También supo de la caricia de sus brazos perfumados...

—¡Veo que le sigue probando la cocina de esta casa, señor Watson!

—¡Oh sí, señorita Liliانا!... En ninguna parte he comido nunca como aquí...

Andresito Dubois se había acercado al cliente fijo:

—¿Tanto le gusta a usted el comer, señor Watson?...

—¡Oh, caballero, quizá usted no me comprenda... Encuentro el idioma falto de palabras, cuando quiero expresar mi satisfacción por haber comido a mi gusto!...

— ¡Pues hoy quiero que se quede usted completamente mudo! — intervino gozosamente Liliانا — porque deseo que se traslade usted de mesa y se siente usted con nosotros...

Accedió entusiasmado Watson y al poco rato danzaban en el aire entre estampidos júbilosos los tapones de las botellas de champaña.

Liliانا tenía una secreta esperanza.

En aquellos momentos llegaba a su casa Gerardo... Como siempre, melancólico, triste... ceñudo... agobiado por la pena...

Llegó a su despacho y el tío Jaime, que le había visto entrar, corrió a su encuentro creyendo darle una alegría mayúscula...

— ¡Patrón, salga usted y verá la sorpresa que le aguarda!...

Poco sospechaba el infeliz qué clase de sorpresa era aquella...

Quitóse el abrigo y alisando las solapas de su smoking abrió la puertecita de su despacho y entró en el comedor...

Saludó a un lado y a otro ceremoniosamente a los clientes, que llenaban por completo las mesas, y siguió avanzando...

De pronto se detuvo en seco, palideció intensamente y volviendo la espalda a la mesa en que se encontraba Liliانا con sus amigos, regresó a su cuartucho como un autómatas y se dejó caer como un fardo en aquel mismo diván, que fué confidente de sus primeras lágrimas de desengaño...

La quería Gerardo, la quería con todas las potencias del alma, pero al

verla triunfadora, con los hombres a sus pies, sentía que, dentro de él, el amor se ponía una máscara de odio...

Liliانا, cuando notó el gesto de Gerardo, quiso levantarse y correr tras de él. Llamarle, sincerarse... si preciso era, decirle todo su amor, toda su angustia, todos sus dolores...

Pero el conde de Aberdens la detuvo...

— ¡Adónde vas, Liliانا?...

— ¡Déjame!...

— ¡Creo, por el contrario, que no debes moverte de aquí!... ¡Nos está mirando todo el mundo!...

V se contuvo, la misera...

Y para aturdirse heló, bebió sin tino...

Terminada la cena empezaron a desfilas los clientes...

Liliانا, aprovechando un descuido, dijo al viejo Jaime, con temblores en la voz:

— Dígame, tío Jaime... ¿Gerardo... no habla nunca de mí?...

El tío Jaime, que sabía de los dolores infinitos de Gerardo... pero que conocía la entereza de su carácter, contestó moviendo tristemente la cabeza.

— Quizá en su interior, Liliانا, piensa en usted a todas horas... pero no dice ni una palabra... No le conocería usted, señorita... ¡Hasta a mí me ha prohibido hablarle de usted!... ¡Un día por poco me echó!... ¡A mí, señorita!...

Y el buen viejo se enjugaba una lágrima rebelde...

Liliانا salió del restorán con el corazón destrozado...

VII

(En pleno teatro)...

Siguió su curso la vida y siguió el dolor trazando su surco en el corazón herido de la desgraciada Liliana...

¡Bien cara pagaba su gloria!...

No sabían aquellos que la aplaudían a diario como reina de la moda, de la trivialidad, que su corazón sangraba por un amor incomprendido... por el desprecio de un hombre...

Y el carmin en su rostro serela para algo más que para embellecerla: para borrar las huellas del llanto, las trazas del dolor...

¡No era feliz Liliana!...

En vano el conde insistía una y otra vez en sus ofertas de matrimonio... Nunca acababa de pensarlo Liliana...

Y así, entre aquellos dos polos tan opuestos, se deslizaba la vida de la danzarina privilegiada...

Dos hombres: uno la ofrecía su amor... el otro la regalaba con su odio y sus desprecios...

Varias veces había vuelto Liliana al

restorán esperando encontrarle algún día en él, para verle, para hablarle, para hacerle descender de aquella posición en que injustamente, según ella, se había colocado, pero nunca conseguía encontrar a Gerardo en su casa.

La hula... ¡Cuánto debía de odiarla!...

Y no era así... ¡no! La amaba cada día con más fuerza, hasta el punto de hacérselle la vida insostenible sin ella, y aquel hombre hasta entonces tan alegre, tan comunicativo, se había hecho misántropo, taciturno, intratable hasta consigo mismo.

Vagaba durante el día de un lado para otro y se pasaba horas y más horas encerrado en su despacho, con el pretexto del trabajo, sentado ante su mesa frente a un montón de papeles, entregado a sus pensamientos, a los recuerdos del pasado, de ella, en una lucha titánica con sus propios sentimientos...

Un día, por fin, se decidió a ir a verla... No podía resistir más... Quería verla no en su casa, sino en el escenario de sus triunfos, saber lo que había de cierto en ellos, en su arte... verla... verla... fuera cómo fuera...

Y aquella noche, noche solemne para Liliána, porque era de estreno de una nueva revista, que llevaba por título el mismo cromo con que la bautizaran sus admiradores, "La Mariposa de Oro", Gerardo ocupó su asiento dispuesto a tener toda la paciencia necesaria para presenciar el espectáculo...

Llegó el momento culminante de la obra... La danzarina bailó, bailó arrebatando a las gentes, como siempre, en alaridos de entusiasmo, y acababa la danza, una danza de ritmo sensual y sugestivo, despojándose la mariposa de sus alas doradas y ofreciéndose a los espectadores en toda la divina desnudez de su cuerpo de diosa...

Gerardo no quiso ver más... y cuando trepidaba el "Coliseum" hasta en sus cimientos en el tableteo de los aplausos estruendosos, el pobre muchacho abandonó su butaca asqueado, pleno de mística repugnancia, por aquello

que él consideraba una vergüenza, un insulto a la decencia...

Y ya fuera del teatro vagó por las calles sin rumbo fijo, hasta que fué a parar a su casa, a su desquichito conidente de sus malos humores, y una vez allí se dejó caer sobre el diván, acogedor perpetuo de sus desventuras...

Aquella noche no dormía... no. Estaba furioso, frenético, fuera de sí, y tío Jaime, que le vió en aquella forma, no se atrevió ni aún a saludarle...

Conocía ya por experiencia los arrebatos de su amo...

Unicamente hacia la una, fué a consultarle y entró temblando en el desquichito:

— Señor... —explicó desde la puerta.

— Entra... ¿qué hay?

— El "Coliseum" ha pedido cinco mesas...

— Está bien; prepáralas... Por ahora no puedo negarme... Pero me parece que voy a echarlo todo a rodar...

Tío Jaime se retiró salmodiando lánimas y fué a preparar los encargos para aquella noche y a dar órdenes a Anatolio,



Había terminado la función en el "Coliseum".

Empezaban a desfilar los habituales por las amplias escaleras y en el vestíbulo no se oían más que conversaciones por el estilo:

—¿Vamos a cenar al Savoy...?

—No, al Savoy, no. Vamos al restorán Mac Farland... Quizá vaya allí Liliانا Winston...

El restorán Mac Farland era ahora, por obra y gracia de Liliانا, el *rendez-vous* de los elegantes londinenses, y sobre todo a la salida de los teatros, tío Jaime y sus huéspedes — se había visto obligado a aumentar la servidumbre — se veían y se deseaban para atender cumplidamente a la multitud de clientes, pues los que no retenían sus mesas con tiempo, se veían obligados hasta a hacer turno.

Aquella noche, sobre todo, fué un verdadero asalto.

Las cinco mesas de que había hablado tío Jaime, habían sido encargadas por los amigos de Liliانا, que querían festejar cumplidamente el triunfo enorme alcanzado por su ídolo en el estreno de la nueva revista...

Y al acabarse la función invadieron el elegante restorán llenándolo todo con sus risas y sus alegrías estruendosas.

El señor Watson, al observar aquel movimiento inusitado, le decía sonriente al tío Jaime:

—Esto está muy animado, tío Jaime... Se acabaron aquellos tiempos en que yo era aquí el único cliente...

—Es verdad, señor Watson... y si el vicjo levantara ahora la cabeza, no lo conocería... ni a su nuevo amo tampoco... — terminó para sí.

Entre los llegados a última hora figuraban Liliانا y el conde, con su escudero obligado: Andresito Dubois...

Empezó la cena. Mientras servían, Liliانا tuvo ocasión de hablar con tío Jaime:

—¿Y Gerardo?... —

—El señor estuvo esta noche en el "Coliseum"...

—¿Ha ido a verme?... — exclamó Liliانا gozosa.

—Sí... y ha vuelto de pésimo humor...

—¿Ah!...

Liliانا tenía una idea... Quería aca-

bar de una vez con aquellas resistencias de Gerardo... Después de todo a ella no la remordía la conciencia de haber hecho nada malo... Se había entregado a su arte, es verdad; pero honradamente, y seguía siendo la misma Liliانا de siempre... un poco loca, un poco alegre, pero nada más. Nadie podía echarle en cara ni el más leve desliz.

El mismo conde de Aberdens no podía alabarse de haber alcanzado de ella ni un solo beso... y no pasaba día sin que la mendigase el favor de ser su esposa...

Entonces ¿a qué obedecía aquella actitud de Gerardo? ¿A terquedad?

Pues ella acabaría con aquellas niñerías incomprensibles.

Y aprovechando un descuido de sus compañeros, se deslizó cautelosa hacia el despacho de Gerardo, aquel despacho que tan bien conocía la cuitada.

Llegó hasta la puerta de cristales... Allí estaba él, en el diván, con la cabeza entre las manos... triste, derrenegado; parecía un viejo gruñón...

¡Pero aquello se iba a acabar!

—Gerardo!... — Avanzó hacia él sonriente, con las manos tendidas— ¡Gerardo!...

—¿Eres tú?... — Se había puesto en pie y la miraba como a un fantasma— ¿Qué vienes a hacer aquí?... ¡No quiero verte!... ¡Sal de aquí!... ¡Sal en seguida!

Liliانا se acercó a él humilde y cariñosa.

—Gerardo... ¿pero es posible que todavía me guardes rencor?...

No contestaba. Hundida la cabeza en el pecho, no quería ni aún mirarla...

—He venido a suplicarte que te sientes esta noche a nuestra mesa... para celebrar mi éxito en la nueva revista del "Coliseum"...

Al oír la levantó la mirada... En su rostro se pintaba el desprecio más profundo... La miró de arriba abajo desdénoso y la escupió el rostro con las palabras lacerantes...

—¿Tu éxito... tu gloria... tu fortuna?... ¡Estoy cansado de no oír más que esa palabras en todas partes!... ¡A qué precio has alcanzado todo eso?...

Liliانا sintió que una oleada de indignación la subía al rostro... ¿Qué osaba suponer aquel hombre?...

—¿Pero es que te figuras?...

Gerardo no quería oír la... Había llegado al paroxismo de la indignación y continuaba vomitando injurias sobre la carne de pecado, como la suponía él.

—¡Desgraciada!... ¡Tu triunfo me causa repugnancia!... ¡Me das asco... mala mujer!...

Y la lanzó el insulto como un latigazo en pleno rostro...

Gerardo en su arrebato de celos había ido demasiado lejos aquella vez... Era más de lo que Liliانا podía aguantar; por eso irguiéndose retadora, centelleantes los ojos, se acercó a él cuanto pudo y barbotó furiosa:

—Encima de echarme de tu casa, me insultas!... ¡Oh, cómo te odio... cómo te aborrezco!...

Y salió del despacho sin volver la vista atrás...

Atravesó el comedor y fué a reunirse con sus amigos; acercándose al conde de Aberdens, le dijo rápida y decidida:



-Sí... Fernando... cuando tú quieras...



-Voy a bailar, señores...



Um minuto depois Lilian dança com André eito em aquê saiz solta:



—Booa! —Señora, en mi casa no se baila!...



En la danza de la locura...



Pero aquella alegría de la muñeca de lujo era falsa...



—Perdóname, Fernando, pero yo no puedo cumplir mi promesa....



Y al quedar sola, Liliana contempló con adoración un retrato de Gerardo.



Liliana con su vestidura de mariposa de oro...



... la araña gigantesca que se cernía en los hilos invisibles de la trama.



— La pobre Lilita fue trasladada a su camarina, muerta... sin sentido...



— ¡Pobrecita... pobrecita mariposita que se quebró las alas!



¡Ahora comprendo Eliana todo el error de su vida!



—He aquí su revólver.



- ¿Qué dice usted?



- ¡Muéstrel...! Lo he matado!

—Fernando... me has pedido varias veces que sea tu esposa...

—Sí... — contestó el conde con júbilo, adivinando lo que iba a decir...

—¿Sigues pensando lo mismo?...

—¡Sí!...

—¿Pues podemos casarnos cuando quieras?...

—¿De veras?...

—Sí... Fernando... cuando tú quieras...

La noticia se extendió rápidamente por la sala y fué acogida con vivas y aplausos por todos los comensales... y empezó el jolgorio consiguiente.

En pocos minutos el champaña formaba verdaderos rios de mesa a mesa, y como la alegría es comunicativa, basta la música del restorán compartió el bullicio general...

Verdad es que al pianista le había cabido en suerte el moscón de Andresito, que quería inculcarle ritmos nuevos en los bailarines...

Liliana, que como sabemos había obedecido más que al cariño hacia Fernando a un movimiento de despecho y de rabia, necesitaba para mantenerse a tono con aquellos locos, de un estimulante poderoso, y empezó a beber por los codos...

Pero el champaña llenaba a medias su oficio de bufón y Liliana en medio de su borrachera sentía de vez en vez arrebatos de ira, y así alguna copa pagó más de una vez el estallido de sus nervios.

Habían acabado de comer... y casi diremos que debían haber acabado de beber. A alguien se le ocurrió — quizá a la misma Liliana —, la idea de retirar las mesas a los lados y organizar un baile de espinales, un baile en el

que todos serian danzarinas, pero después de haber aplaudido a la verdadera diosa de aquella bacanal...

—Vay a bailar, señores...

Y dicho y hecho... Un minuto después, Liliana danzaba con Andresito en aquel viejo solar, que vió sus balbuceos infantiles, entre aquellas paredes, que la habían visto dar sus primeros pasos torpiones...

Pero cuando mayor era el bullicio y los vitores y los aplausos, y Liliana empezaba a sentirse atometida por el vértigo de su única pasión, apareció en escena Gerardo descompuesto, lívido, y separando a los que le estorbaban el llegar hasta ella, gritó insolente y autoritario:

—¡Basta!... ¡Señora, en mi casa no se baila!... ¡Salga usted de aquí!... ¡Salga... si no quiero que la echen mis criados!...

Y como hiciera además de arrojarla por sí mismo, el conde se coloró ante él y le dijo con altivez:

—¡Esta señora es mi prometida, y a la futura condesa de Aberdens no le pose la mano encima nadie... y usted menos!...

Enrojeció Gerardo y se hubiera lanzado sobre él, si en aquel momento no intervinieran amigos y camareros de una y otra parte...

En unos segundos abandonó la clientela al restorán y entonces el tío Jaime, apesadumbrado por aquella escena, se acercó a su amo y le dijo moviendo tristemente la cabeza:

—¿Pero qué ha hecho usted, señorito Gerardo!... Si lo que usted se proponía era perderla para siempre, puede sentirse satisfecho... ¡ya lo ha conseguido!...

Gerardo no contestó...

En aquellos momentos la ira le volvía ciego... y sólo un pensamiento le martirizaba, y unas palabras resonaban en sus oídos y le martilleaban el cerebro...

El conde de Aberdens le había dicho:

—¡Esta señora es mi prometida... la futura condesa de Aberdens!...

¡Liliana condesa de Aberdens!...

¡Liliana iba a casarse con aquel hombre!...

¡Tenía razón tío Jaime!... ¡Ahora sí que la había perdido para siempre!...

Y el pobre muchacho, tambaleándose como un beodo, salió del salón y fué a ocultar su tristeza, a llorar a solas su infortunio...

VIII

Y la verdad era... amar...

Aquella misma noche celebróse en casa de Liliara la velada de esposales y Liliara sintió como nunca la necesidad imperiosa de aturdirse, de olvidar, y se entregó a todos los excesos...

Las copas de champaña duraban un segundo entre sus manos y la colección de locos que la rodeaban supieron de sus mil diabluras, de sus torcajadas diabólicas, de sus danzas endemoniadas...

Iba de uno a otro ruidosa, cascabelera, y para cada uno tenía una frase, un chiste, un reto en los ojos brujos...

Tras el champaña empezó el baile... Andresito, aprovechando un descuido del conde, la sacó a bailar y arrastrándola lejos del salón, llevándola a un gabINETE apartado, la soltó la declaración melodramática número...

—¡Liliara!... ¡Estoy enamorado de ti hasta el vértigo, hasta la locura!...

¡Era gracioso aquel muñeco!... Y

Liliara rió de buena gana aquella salida del petulante bailarín...

—¡Enamorado!... ¡Ja, ja, ja!...

Pero alguien se acercaba, y Dubois, que le tenía un verdadero pánico al conde, la atrajo de nuevo hacia sí y murmuró aturullado:

—¡Silencio!... ¡Viene gente!... ¡Bai-lemos!...

—¡Ay, mi pobre mosqueterito!...—rió Liliara alborozada.

Y siguieron bailando... pero al cabo de unos segundos Dubois volvió a insistir en su demanda:

—Tú puedes ser la prometida de quien quieras, querida Liliara... pero cástate conmigo...

¡El demonio del muchacho!... Qué cosas tan peregrinas se le ocurrían...

El caso es que en aquellos momentos era sincero o por lo menos lo parecía... Todos la declaraban su amor... Todos querían casarse con ella...

¡Es decir... todos menos... él!...

Volvieron al salón... Lilitana cogió de sobre una mesa un mantón de Manila, se arrebujó en sus flecos y sintió otra vez el ansia de olvidar, de enloquecerse, y al compás de las carcajadas y las palmas de los contertulios del conde, de los compañeros de aquella zarabanda loca, empezó a bailar otra vez, a bailar, tunda, nerviosa, agitada... Era la danza de la locura...

La colección de vejesterios ridículos, que rodeaban a la gente joven como si buscasen con su contacto un renacimiento inverosímil, aplaudían ebrios de entusiasmo... y de champagne...

Pero aquella alegría de la muñeca de lujo era falsa, era artificial... ¡Mentira... mentira! Bajo ella, como bajo un antifaz, el dolor de amor desgarraba sus lágrimas ardientes...

¡Mentira!... La única verdad era... amor...

En vano buscaba aturdirse, embriagarse de vino y de risas... La tristeza rompía por entre las carcajadas bulliciosas y la pena, la horrible pena desgarraba sus entrañas bajo la algarada ficticia...

Y huyó, huyó a la tarca y fué a refugiarse en el último rincón de la casa, y allí, lejos de miradas indiscretas, dió libre curso a sus lágrimas, a su inmenso dolor y se retorció desesperada, víctima de aquella sed rabiosa de amar, que no apagaban los productos engañosos de toda la Champagne...

Fernando de Aberdens fué el primero en notar su desaparición... Era también el único que comprendía que algo extraño había en aquella nueva actitud de Lilitana, hasta entonces re-

fractaria a aquellas expansiones híquicas...

Y el conde la buscó por toda la casa hasta que dió con su retiro de dolor. Al encontrarla en aquel estado de abandono, de desesperación, se acercó a ella entristecido...

Presagiaba la verdad...

—¿Qué te pasa, Lilitana? — murmuró cogiendo entre sus manos la cibecita adorable.

Tras una crisis de lágrimas amargas, Lilitana murmuró muy quedo, pero mirándole frente a frente a través de sus ojos velados:

—Perdóname, Fernando... pero yo no puedo cumplir mi promesa... yo no puedo ser tu mujer!... Te dije lo que te dije en un momento de desesperación...

—¿Lilitana!...

—No te incomodes conmigo, Fernando!... Sabes que eres mi mejor amigo... mi único amigo verdad... que mi corazón está lleno de gratitud hacia ti... pero...

—Pero... — repitió el conde temblando.

—Pero... quíeto a Gerardo... a mi primo... a él... a él solo...

—¿Lilitana... y yo que creí por un momento!...

Y había lágrimas en la voz de aquel hombre bueno... que tanto la amaba también, que hubiera dado toda su fortuna, su vida misma por hacerla completamente feliz...

Lilitana lo comprendió así y cogióse a su cuello le dijo sollozante:

—¡Es algo más fuerte que mi voluntad... amigo Fernando!... Tú me comprenderás... Sin él no puedo vivir... He tratado en vano de enga-

firmes a mí misma... Es imposible... Tú tampoco querías que te mintiera lo que no sentía... Además; has sido y eres demasiado bueno para mí, para que ya no me porte contigo con nobleza absoluta... ¿Me perdonas?... ¿Verdad que me perdonas, Fernando?... ¡Dime que sí!...

Aberdens bajó tristemente la cabeza y cogiendo aquellas manos tan queridas entre las suyas heladas, murmuró muy quedo, muy quedo, como si fuera el corazón el que se alzaba a sus labios:

—Sí... Lilitana... sí, te perdono... porque yo también sé... por desgracia... lo que es amar sin esperanza...

Y aquellos dos seres igualmente buenos, e igualmente desgraciados, juntaron sus miserias, sus dolores y sus lágrimas...

Pero su recogimiento no podía durar... Hasta ellos llegó el rumor de la turba bulliciosa que se acercaba... Los convidados se impacientaban con su ausencia y ventan a buscarlos...

—¡Vienen!... ¡Que no te vean así! — dijo Fernando —. Son tan bestias que se reirán de nosotros... Echate... así... te taparé y les diré que estás cansada y que descansas...

Y ayudándola a tenderse sobre un carilladero promontorio de cojines de raso, la tapó con el mismo mantón de flecos con que ella quiso disfrazar aquella alegría ficticia...

Era tiempo, porque en aquel mismo instante aparecían en la puerta los in-

vitados protestando airados de aquella fuga con apariencias de secuestro...

—Hombre, no seas ansioso!... Tiempo tendréis de arrullaros... Ahora os debéis a nosotros... Sino, ¿por qué nos habéis traído aquí... y para qué?...

Fernando empezó a desempeñar su papel...

—¡Silencio!... ¡Está durmiendo!...

—¿Pero ya la cogió?...

—¡Silencio!

—¡Nuestro gozo en un pozo!...

—¡Se acabó la alegría!...

—Como no nos baile un tango Andresito...

—¿Pero dónde está Andresito?...

—preguntó uno.

Andresito, aprovechando el primer momento de descuido, se había acercado de puntillas adonde se encontraba Lilitana...

Al verse descubierto llevóse un dedo a los labios y dijo volviendo hacia el grupo:

—¡Duerme como una bendita!...

El conde le empujó hacia afuera y salieron todos de la estancia, donde el dolor se arrebujaba bajo el manto de la inconsciencia...

Así acabó aquella magnífica noche de esponsales, en la que el conde de Aberdens creyó haber cogido el cielo con las manos...

Y al quedar sola, Lilitana contempló con adoración un retrato de Gerardo.



Entretanto, a la misma hora, al otro extremo de Londres, otra sér trataba de buscar también en el alcohol el olvido a sus pesares...

Aquel hombre era Gerardo... Gerardo que quería también olvidar, aturdirse, no pensar en la ingrata que había truncado su vida...

Y recurrió a aquellos vinos añejos de los que sus antepasados fueron tan magníficos catadores...

Pero él no paladeaba los néctares deliciosos... ¡no!

Bebía sin tino, copa tras copa, buscando más la embriaguez del alma que la del cuerpo...

sino todo lo contrario, el fruto de la

Pero hay dolores que no amortigua, vid...

Y Gerardo se emborrachó, sí... pero la cogió llorona...

Entre los vapores del vino, exaltada su imaginación, su cerebro calenturiento, lejos de apartar de sí la imagen de la amada, la atrajo aún más y no una... cien Lillinas danzaban ante sus ojos atónitos...

La veía como en los buenos tiempos de su niñez... Ingenua, cariñosa, enamorada.

Recordaba los alegres domingos pasados en los alrededores de la Universidad, en las aguas tranquilas de Cambridge, cuando en las fiestas domingueras paseaba su sana alegría bajo los cielos risueños...

Sus paseos en barca... sus excursiones a las ruinas históricas... su regreso al templo del Saher, enlazados de las manos, mirándose en el fondo de los ojos, y diciéndose con su mudo lenguaje, todos aquellos secretos de sus almas, que los labios temblones se negaban a decir...

Y luego se reproducían ante él recientes escenas...

La tarde lluviosa en que la arrojara violentamente de casa... Aquella tarde en que lo vio a él por primera vez...

Y luego, sus triunfos, su gloria, su fortuna... Aquella escala interminable que iba alejándola de él, de sus brazos, de su cariño...

Y no olvidó... no... No pudo olvi-

dar... y volvió a sentir en su pecho el gusano maligno de los celos y a solas, con sus penas, con su conciencia como único testigo, volvió a maldecirla, a execrarla con furia, con saña...

"¡Te odio... te aborrezco!" — le había dicho ella...

¡El también la odiaba con toda su alma!...

Y el alcohol le hacía barbotar injurias sin ton ni son...

—¡Te odio... te odio... mala mujer!... ¡Te aborrezco!...

Y en aquel momento creía firmemente que la odiaba...

Bien dijo quien lo dijo: que del odio al amor no hay más que un paso...

IX

*¡Pobre mariposita...
con las alas rotas!...*

A la noche siguiente se estrenaba en el "Coliseum" un cuadro de la nueva revista...

Era un cuadro de gran espectáculo...

El escenario era de arriba abajo una gigantesca tela de araña... Tras ella Libana con su vestidura de mariposa de oro, con sus grandes alas de reflejos metálicos danzaba, atrevida, desafiante, como en un reto a la araña gigantesca que se cernía en los hilos invisibles de la trama...

Empezaba la persecución a los acordes de unos ritmos extraños y la mariposa se iba acercando, temeraria, a la tela... hasta tocar, retadora, a la araña...

De improviso, cuando la maga de las alas de oro estaba más descuida-

da, la araña caía sobre ella y la aprisionaba entre sus garras...

La mariposa se debatía un momento y trataba de hurtarse al aprieta, pero el monstruo no cedía fácilmente su presa y, clavando el aguijón en el pecho de su víctima, succionaba su sangre poco a poco...

Moría la mariposa y el arañón empezaba a escalar la tela hacia el techo, hacia su refugio para devorar a solas el cuerpo de la orgullosa vencida...

Y de pronto...

¿Cómo ocurrió?...

Nadie pudo explicárselo...

Fue repentinamente, ese golpe brusco de la Fatalidad, que anula en un instante toda la gloria de un artista, toda la hegemonía de su ar-

te, de su orgullo, de su grandeza...

Cuando ya la araña alcanzaba su rido con la mariposa pendiente de sus garras, aflojaronse éstas... y la pobre Liliama cayó violentamente desde unos metros de altura al contrario...

El golpeazo fué terrible...

Un ¡ay! de espanto, de horror indecible resonó en toda la sala y sus compañeras y cuantos se encontraban en el escenario acudieron en su auxilio.

¡Era tarde!...

La pobre Liliama fué trasladada en brazos de sus compañeros a su camerino, inerte... sin sentido... y horriblemente mutilada...

Aquellas piernas que eran su orgullo y el pedestal más firme de su gloria, eran unos colgajos de carne sanguinolenta...

El pobre Fernando lloró lágrimas amargas al contemplar a su pobre amiguita moribunda...

El médico, llamado a toda prisa, emitió el diagnóstico terrible...

—¡Quizá se salve la mujer... pero la bailarina ha muerto!...

¡Pobre Liliama!... ¡Adiós la gloria... los éxitos... la pasión dominante de su vida... la que le hiciera renunciar para siempre al amor y a la felicidad!... ¡Maldita gloria que sólo se alimenta de lágrimas y suspiros y vidas rotas!...



Y los días y las semanas se deslizaron muy lentos, muy lentos, extendiendo sobre la fama de la danzarina la bruma cruel del olvido...

Su casa que antes era un verdadero jubileo de adoradores y amigos importunos, estaba ahora desierta...

Nadie se acercaba a ella... Había pasado su gloria efímera, aquella gloria que también en semanas la convirtiera en la mujer preferida de Londres...

Ya no era nadie... más que un recuerdo... y los recuerdos son siempre importunos...

Ahora comprendía Liliانا la realidad de la vida... No era a ella a quien buscaban las gentes, sino a su notoriedad para vestirse con migajas suyas... No se acordaban de ella...

Y la tristeza se adueñaba de su espíritu... y eso que aun no sabía la verdad, toda la amarga, la desconsoladora verdad...

Alguien se encargó de mostrársela en toda su crudeza.

Y ese alguien fue Andresito Du Bois... su antiguo adorador, que en un

momento de entusiasmo llegó hasta ofrecerle su mano...

El famoso bailarín... su primero y único maestro, vino a verla un día...

—¡Andresito!... — exclamó radiante al verla—. ¡Gracias a Dios que te has acordado de mí!... ¡Te echaba de menos, chico!...

—¡Qué quieres, Liliانا! — ¡Se daba importancia el imbécil aquel!... El trabajo... Estoy atareadísimo... Estamos preparando la nueva revista...

—¿Una revista nueva?...

—Sí... ¡Va a ser un negocio!... ¡Todo el mundo está intrigado!...

Una nube de tristeza empañó los ojos azules de Liliانا... Pero pudo más en ella la curiosidad que el dolor...

—¡Cuéntame!... ¡Cuéntame... Andresito!...

—Es una revista como no se ha hecho aún ninguna... Mucho mejor que la famosa "Mariposa de Oro"... ¡Te digo que será un éxito sin precedentes!...

—¡Qué lástima!...

—En cuanto a la que te ha sustitui-

do en el "Coliseum"... puedes estar tranquila... no desmerecerá a tu lado... El público la quiere casi tanto como a ti...

Liliana ahogó un grito de dolor... Irguióse en su batacona de brazos mueltos y se quedó mirando a su compañero con ojos de espanto...

—¡Pero hablas en serio, Andresito?... ¡A mí me han sustituido... a mí?

No podía creer en aquella monstruosidad... ¡Ya no contaban con ella!... ¡Ya había otra en su lugar!... ¡Imposible!... ¡Aquello debía ser una broma del maestro de baile!... ¡Quizá lo hacía para probarla... para burlarse de ella!... ¡No... no... decididamente no podía ser!...

Y esperaba la respuesta, con el cuello temido, con el busto hacia delante, como si de las palabras del bailarín dependiese su vida entera...

—La verdad, Liliana... — comenzó a decir Andresito —, no sé por qué te extrañas de esa manera... Supongo que el médico te habrá dicho como nos dijo a todos nosotros... que tú ya no podrás volver a bailar...

—¿Qué sabe el médico?... — exclamó Liliana fuera de sí—. ¿Qué sabéis todos?... ¿No bailar yo?... ¡Pon en marcha el gramófono y verás si soy o no todavía la mariposa de oro!...

Y le señalaba el aparato que se encontraba en uno de los rincones de la salita.

Andresito la miraba irónico y compasivo al mismo tiempo...

Aquel truhán quiso casarse con ella como un negocio, cuando la vió

encumbrada... Convirtiéndose en su pareja perpetua, veía la fortuna entre las manos y por eso la quiso... por egoísmo...

Ahora era diferente... Aquello ya no era más que una mujer...

—No seas así... Liliana... ¡Para qué llevarte ese desengaño!... Si no podrás... no podrás... Estás inútil... para toda la vida...

—¡Te he dicho que pongas el gramófono...! ¡Si no lo pones tú, lo pondré yo...! ¡Vamos, pronto... pronto...! ¡Qué os habéis creído...! ¡Ahora verás si se me puede sustituir a mí, así como así...!

Andresito obedeció a aquel capricho de la niña mimada... ¡Pobrecilla...! No quería irritarla, aunque lamentaba el desengaño que iba a experimentar... ¡Qué loca, empeñarse en lo imposible...!

Rascó el zafiro la cera y empezó a desgranar los compases de una de sus danzas favoritas...

A los mágicos acordes, Liliana se puso en pie, dejó el sillón y ya en medio de la sala empezó a bailar... es decir, lo intentó... Pero le faltaron las fuerzas... flaquearon sus piernas y cayó pesadamente...

¡Era verdad...! ¡No servía!... ¡Estaba inútil...!

Y aun el cínico Andresito rió de su fracaso, y burlón, aunque queriendo mostrarse compasivo, murmuró:

—¡Pobrecita... pobrecita mariposita que se quemó las alas...!

Y corrió a levantarla, y puesta en pie, la llevó hasta el sillón, donde se dejó caer como muerta, deshecha en lágrimas...

¡Era verdad...! ¡No servía...! ¡Ya no era, no, la mariposa de oro...!

—Ya te lo decía yo... — murmuró compasivo Andresito... — ¡Qué le vas a hacer, chica...! ¡Hay que resignarse...! ¡Después de todo aun te queda lo suficiente para vivir...!

Y poniéndose flemático los guantes, se despidió de su enamorada:

—Me voy, chica... Tengo un trabajo enorme... Me alegraré que te repongas por completo y que te sigues con tu suerte... Después de todo más vale caer así en plena gloria... que no que lo retices a uno por viejo...

Y salió contoneándose de aquella casa en la que semanas antes en-

traba de rodillas y pidiendo lloroso una limosita de amor...

¡Así es la vida...!

¡Ahora comprendía Liliara todo su error de la suya...!

Por aquella gloria pasajera y efímera, había abandonado la tranquilidad de su casita... el amor de su Gerardo...

También él la había olvidado... Sabría, debía saber, como lo sabía todo Londres, su desgracia... y sin embargo no había acudido a verla, ni aun se había interesado por su estado...

¡Cómo debía de odiarla...!

Si al menos tuviese el consuelo de sus palabras, de sus miradas, aun sería feliz...



¿Qué hacía entretanto Gerardo...?

El pobre muchacho sufría horridamente... Varias veces estuvo a punto de correr a su lado, pero cada vez que le asaltaba este pensamiento, volvían a resonar en sus oídos las últimas palabras de Lilianna, el día en que por segunda vez la arrojó de su casa:

—"¡Te odio... te aborrezco..."

¡No, no íra...! Aquella mujer, como le dijera el tío Jaime, estaba perdida para siempre para él...

Y engañado por aquellas suposiciones resistía a sus ansias de amor y moría lentamente en su retiro...

Por su parte el tío Jaime esperó en vano que se operase una reacción en el ánimo de su joven amo...

—¡Íra a verla!... — se decía los primeros días—. Es tonto, pero costará — repetía *in mente*...

Pasaron los días y Gerardo no daba señales de vida...

Jaime llegó a romper su mutismo acostumbrado y hasta llegó a decirle a Anatolio:

—¿Pero has visto el amo?... Sabe como está la pobre Lilianna... y nada...

—Le digo a usted, tío Jaime, que si no fuera por el cariño que uno le tiene a la casa... yo me iba de aquí... ¡No puedo sufrir con paciencia el genio de ese hombre...

—¡No ya!... — se le escapó decir al buen viejo—. Y como no puedo aguantar más voy a hablarle...

—¿Qué va usted a hacer, hombre de Dios? — exclamó sinceramente aterrizando el orondo cocinero.

—Yo me entiendo — dijo por toda respuesta el viejo *maitre d'hôtel*.

Y, muy decidido, se dirigió hacia el despacho en el que en aquel momento se encontraba su amo repasando unas facturas.

—Señorito... — empezó diciendo.

—¿Qué quieres? — interrogó Gerardo levantando la vista de los papeles.

—Pues... usted sabe que esa pobre niña...

—¿Qué niña?... — dijo Gerardo frunciendo el entrecejo.

—Lilianna... está sola, abandonada de todos... y, sin embargo, no corre

usted a su lado... ¡Eso es no tener corazón, señor!...

Gerardo dió un violento puñetazo sobre la mesa y contestó, poniéndose en pie, nervioso:

—¡Le he dicho muchas veces, tío Jaime, que conserve las distancias y no hable más que cuando le pregunten!...

Pero la paciencia del viejo había llegado a su límite... ¡Aquello era demasiado; él no quería seguir sirviendo a un loco!...

—¡Bien, sí, ya lo sé! — contestó con enteresa, temblándole los labios de emoción y de ira—. ¡Usted es el amo y yo soy el criado, pero eso no impedirá decirle lo que pienso!... ¡Pues no faltaba más!... ¡Así como así ya estoy harto!... ¡Lo que usted hace con esa muchacha es un crimen!... ¡Usted y nadie más que usted tiene la culpa de lo que le ha pasado!...

—¡Cállate!...

—¡No, ahora no!...

—¡Te he dicho que te calles!...

—¡Y yo le digo a usted que por una vez siquiera tiene que oírme!... Si no la hubiera usted echado de casa como un guisapo, sólo porque la gustaba el baile, si hubiera usted tratado de convencerla poco a poco, quizá ni hubiera sido bailarina siquiera... Usted, y nadie más que usted, tiene la culpa de todo... y ahora lo único que demuestra es que no tiene corazón...

—¡Te callarás!... — rugió amenazador Gerardo.

—¡Sí, señor... ahora sí... porque ya le he dicho lo que me abrasaba dentro!... Y ahora, adiós... ¡Usted se queda con sus pensamientos y yo me voy tranquilamente con los míos!...

Y, mientras Gerardo de un manotón echaba a rodar por el suelo libros y papeles, tío Jaime le volvió la espalda muy digno y muy flemático y salió del despacho decidido a marcharse de aquella casa para siempre...

Una vez fuera fué hacia la percha y empezó a quitarse la librea, el frac lustroso, el uniforme de trabajo...

Pero no acabó de hacerlo... no se fué... Le detuvo la voz del deber, de la rutina...

Acababa de entrar en aquel momento en el restorán el señor Watson, el cliente fijo, el recuerdo de los treinta años pasados entre aquellas paredes...

—¡Buenos días, tío Jaime!... ¿Qué tenemos hoy de bueno?...

Y el tío Jaime, volvió a ponerse el frac, colgó de su brazo el paño y acercándose al primer parroquiano de la casa, con la sonrisa en los labios, le dijo inclinándose ceremonioso con la voz más simpática que encontró en todo su repertorio:

—Señor Watson... me permito recomendarle nuestros filetes de lengua, especialidad de la casa...

Para que el pobre tío Jaime saliese de allí era necesario que se hundiera el mundo... y que no volviera a reedificarse...

X

El único amigo sincero

El descubrimiento de su impotencia, la ruina de sus ilusiones, habían dejado a Liliانا en un estado lamentable.

¿Qué le importaba a ella la vida, si todo la faltaba, hasta el amor de Gerardo?

Y pasaban los días para la infeliz en un sollozo continuo.

No parecía la misma... Iba languideciendo poco a poco... Se hundían sus ojos en las cuencas, parecía que iban diluyéndose en el pozo de las lágrimas.

Ferrando de Aberdens, que era la única persona que permanecía fiel a su amistad, que no la había abandonado un segundo y que seguía amándola aún más que antes, si cabe, llegó a inquietarse seriamente por su estado.

Habría que salvar a aquella mujer, costase lo que costase.

Abandonarla a su dolor era dejarla ir a una muerte cierta, porque él no dudaba que Liliانا se dejaría morir antes que resignarse al fracaso de todas sus ilusiones.

Mientras la quedó su arte, pudo sobrellevar la angustia de su corazón enamorado, pero ahora que aquel estaba muerto definitivamente, ¿qué iba a ser de ella?

Después de la visita de Andresito, que con tanta frialdad acabó de destruir sus más remotas esperanzas, Fernando creyó llegado el momento de intentar la curación de aquella alma dolorida.

Y una mañana en que se hallaban solos, empezó a hablarla seriamente.

—Liliانا, no te abandones de ese modo al dolor. ¿Qué adelantas con eso? Cuando las cosas no tienen re-

medio, hay que saber resignarse, amiga mía...

—Mi carrera está truncada, Fernando — contestó Liliانا lanzando un grito doloroso—. Para la danza y para el teatro he muerto ya...

—Y ¿qué importa eso? En cambio puede empezar para ti otra vida, Liliانا... la de la paz, la de la felicidad. Te quejas de que todos te han dejado... ¿Es verdad? Todos, menos yo... Yo sigo siendo siempre el mismo para ti, es decir, el mismo, no... Hoy te quiero mucho más, precisamente porque te veo desgraciada, Liliانا, una vez más: ¿quieres ser mi esposa? ¿No has comprendido todavía lo mucho que te amo?

—Sí, Fernando, sí... Sé lo que me amas y créeme que te lo agradezco con toda mi alma... pero ya te lo he dicho otras veces... No puedo acceder a ser tu mujer, porque yo, Fernando, soy leal... Yo no amo más que a un hombre en el mundo... y le amo sin esperanza...

—Pero ¿no ves que ese hombre no te quiere, que no se acuerda de ti? ¿A qué empeñarte?

—¿Qué quieres que le haga, Fernando? ¿Moriré amándole... pero nunca seré infiel ni aún a su recuer-

do! ¿Es a él solo a quien amo y a quien amaré mientras me quede un soplo de vida!

Fernando de Aberdens inclinó un momento la cabeza sobre el pecho y tras un rato de silencio murmuró:

—Yo también, Liliانا, no amo más que a una mujer en el mundo... y no me corresponde...

—¡Pobre Fernando! — exclamó Liliانا sinceramente conmovida ante aquella prueba tan grande de caridad.

El conde se puso en pie y cogiendo una de las manos de la danzarina entre las suyas la llevó respetuosamente a sus labios y la dijo temblando:

—La mejor prueba que puedo darte, Liliانا, de lo inmenso de mi amor hacia ti, es demostrarte que sólo deseo tu felicidad... conmigo... o con otro... ¿Y voy a darte la!

—¿Adónde vas, Fernando?— preguntó Liliانا asustada.

—A procurar por todos los medios que seas feliz... y te juro que lo conseguiré.

Y aquel hombre, tan bueno, salió de la casa en que se dejaba media vida, decidido a poner en práctica un plan que acababa de ocurrírsele para poner término a los sufrimientos de Liliانا.

Media hora después, el conde Fernando de Aberdens rondaba por los alrededores del restorán Mac Farland.

Medio oculto en las casas cercanas estuvo espiando hasta que vio salir del establecimiento y alejarse calle arriba al dueño del mismo, al testarudo Gerardo Mac Farland.

Comprobado esto, penetró en el res-

torán y sostuvo una animada conferencia con el tío Jaime.

—Pero, ¿me asegura usted que no ocurrirá nada grave, señor conde?

—Te doy mi palabra de honor...

—Siendo así, y como se trata de la felicidad de la señorita Liliara, cuente usted conmigo.

¿Qué se proponía Fernando?

XI

En el cubil de la fiera

De acuerdo con el excelente tío Jaime, el conde Fernando de Aberdens, el enamorado inconsolable de Liliانا, había ideado un plan para facilitar el acercamiento de aquellas dos almas que se complacían, al parecer, en alejarse más y más.

Había que acabar de una vez con aquella situación equívoca, que hasta entonces no había producido más que lágrimas y estaba en camino de tener aún peores consecuencias.

Precisamente porque Fernando amaba con toda su alma a Liliانا y el tío Jaime experimentaba por su terno algo más que respeto y veneración, se pusieron pronto de acuerdo para aunar sus esfuerzos en beneficio de sus respectivos ídolos.

El plan de Aberdens no podía ser más sencillo.

En un momento determinado visitaría a Gerardo y trataría de conven-

cerle por las buenas o por las malas de volver a reunirse con Liliانا, olvidando lo pasado y dando satisfacción a las ansias de amor de la desgraciada.

Si su plan triunfaba, Jaime, cuando más enzarzada fuese la discusión entre los dos rivales, avisaría telefónicamente a Liliانا... y *tutti contenti*, porque Fernando estaba seguro de conseguir por aquel procedimiento infalible sus propósitos.

Ya puestos de acuerdo los dos cómplices de aquella escaramuza, el conde se dispuso a obrar.

En la tarde de aquel día y a la hora en que sabía de antemano que Gerardo se encontraba en casa, Fernando se presentó en el restorán y anunció a Jaime que venía decidido a hablar con su amo.

El buen viejo entró en el despacho en que Gerardo mataba su tristeza

entre el vino y los números, y anunció, con la natural sorpresa por parte de su joven amo:

—El señor conde de Aberdens desea verle, señor...

—¿El conde de Abardens? — preguntó, atónito, Gerardo.

Y frunciendo el entrecejo preguntó:

—¿Qué me quiere ese hombre?

—No sé, señor...

Titubeó un momento Gerardo y al fin dijo con tono desabrido al *maitre d'hôtel* que a duras penas podía disimular una sonrisa socarrona:

—Dile que no estoy en casa... que he salido...

—Perdone el señor que le contradiga por una vez... pero no puedo decirle semejante cosa al señor conde.

—¿Por qué?

—Porque acabo de decirle que el señor estaba en casa... y porque si se fija bien el señor, ese caballero le está viendo desde allí...

Y al hablar así, el tío Jaime indicaba al visitante que, efectivamente, dominaba por los cristales de la puerta el interior del despacho.

Gerardo contrujo un movimiento de despecho y murmuró con visíble mal humor:

—Está bien... que pase.

Sabó Jaime, es decir, se asomó a la puerta y dijo, respetuoso:

—El señor conde puede pasar...

Se apartó a un lado, entró el conde, salió el *maitre d'hôtel* y se fue a esperar impaciente a que llegase la ocasión de intervenir en el conflicto que, según sus cálculos, no había de tardar en producirse.

Gerardo indicó un asiento al conde y se dispuso a oírle, haciendo un llamamiento a toda la paciencia de que creía disponer.

El conde, después de sentarse, empezó, flemático:

—Caballero, pero antes de empezar... ¿Usted es Gerardo Mar Farland, primo de Liliana Winston, la danzarina?

Gerardo hizo un gesto nervioso y contestó:

—No sé para qué me lo pregunta cuando lo sabe demasiado...

—Pues bien — continuó el conde con la misma flemma —, tengo algo muy importante que decirle.

—Lo que le suplico es que sea usted breve, pues me molestan todas las conversaciones que hagan referencia a esa señora.

—Voy en seguida...

—Le escucho.

—No sé si sabrá usted, seguramente no, que Liliana ha intentado quitarse la vida... He aquí su revólver.

—¿Cómo?

—Menos mal que yo llegué a tiempo y pude impedirlo.

—Pero, matarse... ¿por qué?

—No pregunte usted *por qué*, sino *por quién*...

—No le entiendo a usted — contestó secamente Gerardo.

—¿No me entiende usted... o no quiere entenderme? — preguntó irónicamente Fernando.

—Caballero...

—No se sulfure... que como usted ve, yo estoy muy tranquilo... Esa mujer, a la que yo quiero con toda mi alma...

— Señor conde!

— a la que yo quiero con toda mi alma — continuó impertérrito el conde —, ha sufrido de usted todas las injurias; todos los desprecios...

— No tengo que dar a nadie cuenta de mis acciones...

— ...y si Liliiana se hubiese matado, usted sería el único responsable...

— ¿Yo? ¿Por qué?

— Porque por culpa de usted salió esa mujer de esta casa. Porque usted fingiendo que la quería, después de estarla engañando durante años enteros, mintiéndole un amor que no sentía...

— ¡Mentira! — rugió Gerardo, que empezaba a excitarse, según había previsto sublimemente Fernando.

— ...la arrojé de su casa cuando se cansó de ella... y luego, llevando la infamia hasta el fin, la insultó, la escarneció y trató de vejarse delante de todo el mundo.

— Falso, falso!

— ¡No, no es falso, canalla... — rugió el conde — y como yo no quiero que por culpa de usted sufra esa criatura desgraciada, esto se va a acabar... porque he venido dispuesto a matarle... y le voy a matar!

Y al decir esto, el conde apuntó con el revólver a Gerardo, dispuesto a hacer fuego.

Mac Farland, al sentirse insultado, injuriado de aquel modo, se había puesto en pie pronto a arrojarle sobre aquel hombre tan odiado...

Gerardo era un verdadero atleta. Su educación de Cambridge, en la que, como dijimos en un principio, había cultivando más el músculo que la inte-

ligencia, le había dado unos nervios de acero.

Así es que le fué cosa fácil sujetar por la muñeca la mano en que el conde empuñaba el revólver y forcejear con él para desarmarle.

Pero si Mac Farland era fuerte, el conde de Aberdens no le iba en zaga.

La lucha que se entabló entre ambos fué terrible.

Enlazados, cruzados de piernas y brazos, trataron en principio de derribarse el uno al otro y hechos un verdadero lazo rodaron por el suelo derribando en su caída muebles, estantes y botellas...

El despacho se convirtió en un campo de Agramante.

— ¡Te voy a matar! — gritaba el conde a todo pulmón.

— ¡Canalla! — aullaba Gerardo ya fuera de sí, de rabia y de celos.

Al oír el estruendo que armaban los contendientes, el tío Jaime impuso silencio a Anatolio que se aprestaba a intervenir cuchillo en ristre, y sonriendo metafóticamente le dijo con misterio:

— Déjalos que se maten...

— ¡Tío Jaime...!

— ¡Cuándo yo te digo que los dejes...!

— Pero es que...!

— No seas bruto. ¿No ves que todo esto es bruma?

Y viendo hacia el teléfono pidió comunicación con el hotel de Liliiana.

— Que lo que voy a decir y te convencerás...

Y al ver que Anatolio le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos, añadió:

—¡No seas idiota...! ¡Todo esto es cosa convenida...!

En aquel momento quedaba establecida la comunicación.

Al otro lado del hilo, Liliانا en persona contestaba a la llamada.

Entonces tío Jaime, fingiendo el espanto maravillosamente, gritó en el aparato:

—¿Es usted, señorita Liliانا?

—Sí... ¿Y usted?

—¡Soy Jaime, señorita! ¡Ocurre una gran desgracia! El señor conde ha venido hace un rato, y se ha encerrado en el despacho con el señorito Gerardo.

—¿Qué dice usted? — preguntó asustada Liliانا.

—Se oyen unos gritos terribles... y voces de... "¡Te voy a matar...! ¡Te voy a matar!"

—Pero, ¿qué dice usted, tío Jaime! ¿Que Gerardo y el señor Abertens están discutiendo? ¡Dios mío! ¡Voy... voy en seguida!

Y mientras, enloquecida, Liliانا soltando el aparato, y vistiéndose apresuradamente, corría como una loca hacia el restorán, el tío Jaime, colgando el auricular y frotándose las manos gozoso, exclamaba ante el profundo estupor de Anatolio, que se preguntaba si aquel hombre tan sensato se habría vuelto loco de repente:

—¡Vaya, esto marcha maravillosamente! ¡Hay que reconocer que el señor conde es un hombre de talento!

Y Anatolio, en el colmo del estupor, exclamó, alzando los brazos al cielo:

—¡Que me coelguen si entiendo una jota de todo esto!

XII

En donde el conde de Aberdens demuestra ser un perfecto comediante

Corría Lilibana alocada.

Como la pobre no estaba en antecedentes de lo que preparara el conde, creía sinceramente en el altercado entre los dos rivales.

Quizá Aberdens irritado al ver que por culpa de aquel hombre, se resistía ella a darle su mano, había decidido vengarse del rival aborrecido.

¡Y por ella se estaban matando aquellos dos hombres... los únicos a quienes quería en el mundo: el amante de corazón y el mejor amigo que encontrara en la vida!

¿Estaría maldita?

Jadeante, loca, agotada por el esfuerzo que acababa de realizar, llegó Lilibana al restorán.

El tío Jaime y Anatolio la esperaban a la puerta.

—¡Jaime!

—¡Señorita Lilibana!

—¿Qué pasa?

—Siguen riñendo... ¡Van a matarse!

—¿Qué escándalo! ¡Parecen dos fieras! —añadió Anatolio.

Y el pobre cocinero lo creía sinceramente.

Y los tres se dirigieron hacia el despacho, pero de pronto se detuvieron horrorizados...

Hasta ellos acababa de llegar el eco de una detonación.

—¡Demasiado tarde! —gritó Lilibana.

Y se detuvo un momento como si fuera a caer. A sus labios acudió esta pregunta doblemente angustiosa:

—¿Cuál de los dos habrá sido...?

¿Qué había ocurrido?



Como se recordará, al ver Gerardo el revólver en la mano del conde, cayó sobre él intentando arrebatárselo el arma, y la lucha empezó terrible, encarnizada, a golpes, a empujones, a mordiscos...

El único afán de Gerardo era apoderarse del revólver...

Pero el conde se defendía con tesón y ambos rodaron por el suelo enlazados. En su caída arrastraron la mesa, las sillas el armario en donde el viejo Mac Farland guardaba sus compañeras de ocio, las botellas de sus vinos favoritos, de aquellos néctares sagrados, como decía tío Jaime...

Y durante unos instantes no se oyó en la reducida estancia más que el jaleo de los luchadores, sus maldiciones sus denuestos...

—¡Canalla...!

—¡Infame...!

—¡Sucia...!

—¡Dame esa arma...!

—¡No...!

—¡Te mataré...!

Y seguía la lucha encanada...

A tío Jaime le parecía ya, que para ser una broma, duraba demasiado.

Anatolio empezaba a tener miedo...

De pronto Fernando de Aberdens pareció ceder... Su enemigo le dominaba... Era más fuerte que él... Se abrió su mano y Gerardo lanzó un alarido de triunfo, ¡El revólver codiciado estaba en su poder!

Triunfante se puso en pie y agitó el arma en el aire.

Fernando le imitó de un salto y un momento se agazapó como para arrojarle sobre su adversario y reanudar la lucha.

Pero Gerardo no le dio tiempo. Extendió el brazo, apuntó un segundo e hizo fuego.

El conde Aberdens lanzó un quejido, llevó ambas manos al pecho y dando una rápida vuelta sobre sí mismo, cayó de espaldas con los brazos en cruz.

—¡Muerto! ¡Lo he matado! — exclamó Gerardo, retrocediendo horro-

rizado y yendo a apoyarse medio desfallecido por la emoción en el quicio de la puerta.

Para él no había duda ninguna... Aberdens había recibido una bala en mitad del corazón.

En aquel momento se abrió la puerta con estrépito y apareció en su marco Lilianna, pálida, livida, desencajada, con todo el horror de aquella escena de muerte reflejada en el semblante.

—¿Gerardo! — gritó como loca — ¡Gerardo, qué has hecho!

—¡Lo he matado! ¡Ya no te quedará más! ¡Lo maté por ti, sólo por ti! ¡No quiero que seas de nadie!

—¡Ha sido por mí, por mí! ¡Y yo que creía... que no me querías!

—¡Con toda mi alma, Lilianna! — rompió por fin el testarudo.

Y estrujó frenético entre sus brazos el cuerpo tembloroso de la danarina, que estuvo a punto de morir de amor.

—¿Gerardo!

—¿Lilianna!

En aquel momento ocurrió una cosa sorprendente.

El muerto, Fernando de Ardebens, se había sentado en el suelo y cogiendo una botella y un vaso que habían quedado al alcance de su mano, se sirvió un buen trago y alzando el cristal en alto dijo, sonriendo a los novios que le miraban estupefactos:

—¡A su salud, amable pareja!

—¡Eh!

—¡Oh!

Pero no fueron estas las únicas exclamaciones que hicieron a sus palabras:

La de Anatolio fué un verdadero berrido y le costó trabajo cerrar la bo-

ca porque se quedó con ella abierta más de un minuto.

—Mi propósito — promigüó el cunde, después de apurar de un sorbo aquel 1780 reconfortante —, era unir a ustedes dos, operación, como se ha visto, un tanto difícil para el cirujano.

Gerardo y Lilianna no salían de su asombro y miraban a Fernando, como si en realidad fuera un aparecido o un resucitado el que les dirigiera la palabra en aquellos momentos.

Pero no, no había fantasmagoría... Aquella cara era la de Aberdens, aquella sonrisa era efectivamente la de Fernando, aquel hombre bondadoso de fondo, trivial en la superficie...

—Cres — continuó — que a pesar de todo, he desempeñado mi papel como un consumado actor hasta el fin. ¿Verdad, Gerardo?

—Pero... — empezó a decir éste.

—Sí, ya sé lo que va usted a decirme... Pero permítame que tome una segunda dosis de reconfortante... porque, la verdad, me ha costado trabajo la endiablada escaramuza.

Y después de apurar un segundo vaso de vino, siguió hablando, ya del todo tranquilo:

—Lo que usted no se explica es lo del revólver... "¿Adónde habrá ido a parar la bala?", se preguntará usted. ¿Verdad?

—¡Claro! Eso es lo que me pregunto...

—¡Y yo! — dijo Lilianna.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Dijeron casi simultáneamente el tío Jaime y Anatolio, que ya había empezado a serenarse.

—Y buscarán ustedes el agujero del proyectil. Pues no lo busquen. No lo encontrarán. Me lo he tragado.

—¿Eh?

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Ese revólver no tenía bala... ¡A cualquier hora lo dejo yo cargado en manos de este caballero! — exclamó, riéndose, Fernando de Aberdens a tiempo que se levantaba.

Liliana y Gerardo habían ido calmándose poco a poco, pero ya no se apartaban el uno del otro... ¡Todo aquello del odio había sido fogata de virutas, nube de verano...

—Cuando vi que era imposible reunirlos a ustedes por otro medio más pacífico, al ver la lenta agonía de Liliana, que hubiera muerto de pena, no lo dude usted — añadió, dirigiéndose a Gerardo, en particular —, ideé esta comedieta y me puse de acuerdo con el tío Jaime.

—¡Ah, granuja...! — exclamó Gerardo amenazando cómicamente al viejo.

—No le riña usted, que no sabe el tesoro que tiene en casa. Pues como iba diciendo, me puse de acuerdo con el tío Jaime y convinimos en que yo representaría este pequeño drama, mientras él avisaba a Liliana, para que acudiese en el momento oportuno... Ya sabía que en el momento en que, exasperado, usted consiguiera apoderarse del revólver, dispararía sobre mí... Como ve, todo mi plan ha salido punto por punto...

—¡Maravilloso...!

—¡Genial...!

—Pero se exponía usted mucho...

—Ya me he convencido — dijo sonriéndose Fernando.

Y acercándose a Gerardo, le dijo cogiéndole amistosamente por un brazo y dándole unas palmaditas cariñosas:

—¡Buenos bíceps, señor mío...! ¡A le que no me pondré frente a usted en un asunto serio...!

Luego volviéndose a Liliana, añadió:

—Te aseguro que me costó trabajo el dominarlo... Este hombre cuando se irrita es una verdadera fiera... ¡Caramba con el pollo...!

Mientras hablaba había ido componiendo el desarreglo de su traje... Se había quedado medio desnudo en la lucha.

Cuando ya más sereno vió que la reconciliación estaba lograda, y que esta vez sería definitiva, tendió su mano a Gerardo, que la estrechó vigorosamente, y poniéndose serio, un instante más, le dijo:

—¡Hágala usted feliz, como yo la hubiera hecho...! ¡Lo merece... por buena y por enamorada...! ¡No sabe usted cuánto le quiere esa mijercita valiente...!

Enjugó disimuladamente una lágrima rebelde y recobrando su aspecto jovial por un poderoso esfuerzo de voluntad, continuó:

—Y ahora me voy...

—¿Ya...? — dijeron ambos a un tiempo.

—Sí... Sólo espero que en su dicha futura me reservarán un rinconcito para mí... ¡Oh... me contento con

poco... sólo el rinconcito de la amistad...!

—¡Oh, sí... Aberdens... con toda mi alma...! — dijo Gerardo—. Espero que no nos olvidará usted tampoco y que vendrá a veruos con frecuencia...

—Sí, Fernando... ya sabes que siempre te recibiremos bien en esta casa... Te debemos ambas más que la vida...

—Le debemos la felicidad — terminó Gerardo.

—Vendré... se lo juro... yo también necesitare, de cuando en cuando, del bálsamo de la amistad... ¡Es una fruta tan rara en estos tiempos...!

Y aquel hombre bueno y leal se despidió de ellos, dió un estrecho abrazo a aquel buenazo tío Jaime, y salió de aquella casa, en donde se quedaba toda su alma...

Cuando el conde Aberdens hubo desaparecido, tío Jaime y Anatolio se retiraron silenciosamente para no interrumpir aquel idilio que, por fin, empezaba tras tantas vicisitudes desgraciadas.

Gerardo y Lihana continuaban en el mismo rincón, donde tras la batalla campal los dejara Fernando al retirarse.

Lihana era, en aquellos momentos, completamente feliz...

Volvía a ser de su Gerardo.

¡Qué lejos en aquellos momentos sus sueños de grandeza, la danza, la gloria, el "Coliseum"...!

Le parecía como si nunca hubiese salido de allí, por lo menos, como si nunca hubiese debido salir.

Y en cuanto a Gerardo, recordaba en silencio aquellos días felices en que ella venía a alegrar su retiro de

Cambridge, a poner un poco de luz en la abstracción de las aulas tristonas y frías...

Otra vez eran el uno del otro y ahora más completamente que antes, porque habían descubierto el secreto de sus almas gemelas.

Ahora se amaban y se lo habían dicho.

La vida se abría ante ellos espléndida, luminosa, recta, florida...

Y Gerardo, atrayéndola suavemente hacia sí, la dijo, besándola en los labios:

— ¡Cuánto me has hecho sufrir, Lihana...! Mi vida era un infierno desde que me dijiste que me odiabas...!


— ¡Tanto...! ¡Y no supiste ver que era la rabietta de verme despreciada por ti la que dictaba mis palabras...?

— ¡Pero ahora ya no refiremos nunca...! ¡Verdad?

— ¡No, nunca... Gerardo mío...!

F I N

Próximo número:
Magnífico regalo de Reyes



BEN-HUR

por

Ramón Novarro

La mejor colección de novelas sentimentales:

Biblioteca "NUESTRO CORAZÓN"

DE
Ediciones BISTAGNE

No lo dude, y para muestra, ad-
quiera y lea cualquiera de los nú-
meros publicados hasta la fecha:

La que se hizo amar
de Marcel Proust

Nada se borra
de Max Dervieux

La esposa y la amiga
de José Baeza Valero

El hombre que no servía para nada
de Jorge Clary

y La falta del hombre
de René Trotet de Dargis

que acaba de aparecer



Lujosos volúmenes de 96
páginas con ilustraciones
en el texto y portada ::

P R E C I O :
1 peseta

EN PREPARACIÓN:

La Castellana del Libano

por Arlette Marchal, Ivan Petrovich, etc.

La Ciudad Castigada

por la condesa Rina de Liguoro, María Korda, Víctor Varcony, Bernhard Goetzke, Emilio Chione, etc.

El Demonio y la Carne

por Greta Garbo, John Gilbert, Lars Hanson.

Tripoli

por Esther Ralston, Lloyd Hughes.

La Huérfana de Pompeya

por Leda Gyr.

Aguilas Triunfantes

por Rod La Rocque.

NÚMEROS PUBLICADOS

EN LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

La Viuda Alegre - El Gran Desfile - Miguel Strogoff o El Correo del Zar - La Princesa que supo amar - El Coche número 13 - Sin Familia - Mare Nostrum - Nantás, el hombre que se vendió - Cobra - El Fin de Montecarlo - Vida Bohemia - Zazá - ¡Adiós, Juventud! - El Judío Errante - La mujer desnuda - Casanova, El galante Aventurero - Hotel Imperial - La tía Ramona - Don Juan, el burlador de Sevilla - Noche Nupcial - El séptimo cielo - Beau geste - Los vencedores del fuego - La Mariposa de Oro







PRECIO: **1⁵⁰** PESETAS